PRINCIPADO DE ASTURIAS
INSTITUTO DE ESTUDIOS ASTURIANOS

J. E. CASARIEGO

REIVINDICACION DEL MARISCAL ASTURIANO

BOBES

OVIEDO - 1982

J. E. CASARIEGO

REIVINDICACION DEL MARISCAL ASTURIANO

B O B E S

OVIEDO - 1982

Depósito Legal: O. 34-83
I. S. B. N.: 84-00-05268-4

Imprenta "LA CRUZ"
Hijos de Rogelio Labrador Pedregal
Granda-Siero (Oviedo), 1982

Nota preliminar para una segunda edición

CUARENTA Y DOS AÑOS DESPUES

En este año de 1982 se cumplió el segundo centenario del nacimiento del Mariscal de Campo ovetense D. José Tomás Bobes y de la Iglesia; con tal motivo tuvieron lugar diversos actos públicos en Oviedo; fue promotor del recordatorio el cronista de la ciudad y excelente periodista D. Manuel Fernández Avello.

Es, pues, este bicentenario, ocasión propicia para evocar la figura, de sangrienta aureola y tremendamente calumniada, del famoso caudillo asturiano. Y creo que para ello nada mejor que la razonada reivindicación de su vida y su obra en todo lo que la una, y sobre todo la otra, tienen de justamente reivindicables, que es mucho e importante desde un punto de vista objetivamente histórico.

Con tal fin, me parece oportuno resucitar una curiosa y en su fecha muy sonada polémica que sostuve con el eminente historiador venezolano Doctor Don Caracciolo Parra Pérez, allá en los comienzos del año 1941, hace por lo tanto

cuarenta y dos años. Nació este enfrentamiento intelectual de un artículo mío titulado «Simón Bolivar y la Hispanidad» que se publicó en la revista madrileña «Fotos» el 21 de diciembre de 1940, en el que enjuiciaba la figura histórica de Bolivar y, de paso, mencionaba a D. José Tomás Bobes. Ese artículo provocó las réplicas del señor Parra Pérez y las contrarréplicas mías.

La censura previa que entonces existia en España, no permitió la publicación legal de la polémica por entender que esta podría molestar a determinados grupos politicos hispanoamericanos. También prohibió, por el mismo motivo, colocar en Oviedo y en Gijón sendas placas y bustos de Bobes como varios pretendiamos que se hiciese de acuerdo con el alcalde de Gijón y presidente de la Diputación provincial, excelente amigo mío y gran bibliófilo, D. Paulino Vigón. Solamente se toleró que se diese el nombre del héroe a una calle, y esto sin ceremonia ni publicidad. En cuanto a mí, que era entonces director del diario de Madrid «El Alcázar» (periódico por aquellas fechas de empresa privada), se me amonestó desde la Dirección de Prensa y Propaganda por haber publicado el artículo sobre Bolivar y contestado a la carta del señor Parra Pérez.

No obstante, el texto de la polémica circuló en hojas de multicopista e incluso unos amigos míos hicieron una edición clandestina de cien ejemplares que poco después se buscaban y cotizaban como rarísimos para bibliófilos, tanto en España como en Hispanoamérica. La trascendencia de su texto fué tal que dió lugar a variados artículos y trabajos en diarios y revistas de Venezuela y Colombia, a comunicados de las Academias de la Historia de allá, y hasta a argumentos políticos en sus propagandas electorales.

Todo esto fué acusado después por las autoridades españolas y estuve a punto de ser destituido de mi cargo honorífico de Consejero de la Hispanidad. Para mi satisfacción me defendieron, dentro del Consejo, todos mis ilustres colegas, entre ellos D. Ramón Menéndez Pidal, D. José M.ª Pemán, el Obispo de Madrid-Alcalá Doctor Eijo Garay y otros de gran relieve intelectual. También estuvo a mi lado en aquella ocasión el entonces Ministro de Educación Doctor Ibáñez Martín. A todos les recuerdo con suma gratitud, incluyendo a mis antiguos profesores D. Manuel García Morente y D. Manuel Gómez Moreno, ambos de insigne memoria.

Publicar ahora, en el bicentenario de Bobes, esa polémica, sólo con leves y comprensibles retoques, me parece que puede tener cierto interés, aunque no sea más que el de resucitar una pieza «rara y curiosa» para bibliófilos y bibliómanos, y también (y es mi principal móvil) para hacer justicia histórica a un asturiano de gran personalidad, muy maltratado por una leyenda negra cerril y rencorosa que no debe pervivir y que, afortunadamente, se está revisando, incluso en Hispanoamérica, con saldo positivo. Y para mí es un honor el haber sido uno de los iniciadores más activos de tal revisión. Es servicio a Asturias y a toda España y a la verdad y la justicia.

Al darla ahora a la estampa a casi medio siglo de distancia, sólo pido al lector de 1982 que tenga en cuenta eso: que se trata de un texto escrito en 1941 por un joven historiador de veintiséis años que acababa de ser licenciado como oficial combatiente, varias veces herido, en una terrible guerra desencadenada por las pasiones y los enfrentamientos políticos, casi tal como lo había sido aquella otra de la Costa Firme venezolana en 1813 *y* 14, *en la que fue paladín, héroe y mártir el asturiano D. José Tomás Bobes.*

LA CRUELDAD EN LA HISTORIA

La lectura de las narraciones, incluidos los documentos oficiales, de la «guerra a muerte» de Costa Firme en 1813 y 14, es algo que estremece y pone horror e indignación aun en los espíritus más fuertes y fríos. Las matanzas y crueldades se suceden allí con espanto. Los seres humanos, tornados en fieras, se persiguen y despedazan con verdadero frenesí. Y no sólo los hombres rudos de los llanos y suburbios figuran como autores de tanta sevicia. Al frente de ellos, conduciéndoles, animándoles, excitándoles, están intelectuales conocidos por su talento y erudición como Briceño, el cual, con todo su bagaje cultural, se convierte en un ser teratológico, borracho de odio y sangre (1). *Y con Briceño, Bolivar y el monstruoso Arismendi y tantos otros realistas o republicanos, que sostuvieron la lucha y la guerra a muerte. Pero a los de un bando, una Historia contrahecha y falaz (y por tanto pseudohistoria), les absolvió de sus innumerables homicidios para cargar todas las culpas sobre el español-asturiano Bobes, verdadero chivo espiatorio de tantos horrores, aunque de ninguna manera esté libre de una parte (sólo una parte) de ellos.*

Pero todo eso, que nos espanta y nos indigna, no debe extrañarnos demasiado, dada su cierta y constante repetición en la Historia universal.

Recordemos que los primeros pueblos que abrieron la Historia: sumerios, hititas, asirios, se caracterizaron por la inmisericordia con que mataban en masa a los prisioneros o los degradaban con la esclavitud más aniquiladora; así empezó la Historia. Recordemos las muchedumbres sacrificadas por los aztecas mexicanos en sus teocalis, *con las*

(1) Véase sobre Briceño en las páginas 84 y 54.

vísceras abiertas, palpitantes bajo el cuchillo de los sacerdotes frente a la devoción inhumana de las masas fanáticas. Recordemos los infinitos ensañamientos de la Madre Roma, tan ordenada y tan jurídica, por ejemplo con su claro Escipión, *Caudillo insigne que crucificaba o hacía cortar manos y pies a los prisioneros durante el cerco de Numancia. Recordemos las espantosas depredaciones de la cabalgada bárbara sobre las tierras del bajo Imperio. Y las pirámides de cabezas segadas sobre las que se encaramaban los santones musulmanes para predicar la sacra guerra por el Islam... Recordemos los miles y miles de albigenses cátaros, protestantes y católicos, castigados sin piedad por las inquisiciones respectivas y las luchas religiosas; y al feroz Calvino abrasando a fuego lento al sabio heresiarca español Servet, descubridor de la circulación de la sangre. (Resulta curioso que al más importante hereje español lo haya quemado la inquisición protestante-calvinista «europea» en la «culta» Ginebra); y la noche de San Bartolomé en París...*

Recordemos en el siglo XIX las constantes matanzas de cristianos y judíos en la Turquía europea. Y el persistente genocidio de los indios de la América del Norte, hasta casi extinguir su raza, tras haberles desposeído de sus tierras y medios de vida. Y ya en nuestro supercivilizado y supertécnico siglo XX, los masivos asesinatos y éxodos forzosos de la revolución rusa; y los «paseos» y fusilamientos de los dos bandos beligerantes en la guerra civil española de 1936; *y los horrores de los campos de concentración y exterminio alemanes; y los bombardeos con fósforo y asesinatos y violaciones en las ciudades atacadas y ocupadas por los aliados; y la fosa de Katyn de Polonia; y los millones de*

inmolados por la revolución china; y, en 1982, *los multitudinarios asesinatos de responsabilidad judía de hombres, mujeres y niños en los campos de concentración del Líbano, tras el martirio de la ciudad de Beirut...*

Recordemos, si se quiere puntualizar más, al pacifista y defensor de los derechos del hombre, don Maximiliano Robespierre, segando cabezas día tras día, hasta que le rebanaron la suya otros defensores de los humanos derechos (1); *o al glorioso y admirado don Napoleón Bonaparte, ordenando y presenciando friamente y sin odio el asesinato a bayonetazos de miles de prisioneros en Egipto, para que no les sirvieran de impedimenta, o dando a Europa un baño de sangre para que reinasen sus hermanos* (2); *o al defen-*

---

(1) Durante el período de la Revolución francesa de 1789 a 1799, fueron ejecutadas cerca de 40.000 personas, de las que 33.814, es decir, a razón de 3.381 por año, están en gran parte documentadas en el macabro "*Dictionaire des individus envoyes à la mort*", de Proudhomme. París, 1797. Por lo tanto aurante diez años y sólo en Francia, la revolución defensora de los "Derechos del hombre" privó de la vida, y por ello de todo derecho personal, a más seres humanos que la Inquisición española en trescientos años y en todo el ámbito del Imperio hispano que comprendía un tercio del globo. Solamente en la ciudad de París, del 11 de junio de 1793 al 27 de julio de 1794, fueron ejecutadas 1.876 personas, lo que da un promedio de cuarenta y una diarias. La Inquisición española (según datos de su detractor Llorente y otros) causó 31.912 víctimas, a razón de 90 por año. Compárese esta cantidad con las 3.381 anuales de la Revolución francesa. Las cifras tienen una dialéctica inexorable. (Véase mi trabajo "*Cara y Cruz de la pena de muerte*", publicado en el "*Libro del Bicentenario del Ilustre Colegio de Abogados de Oviedo*", Oviedo, 1975, en el que se aportan cifras y bibliografía comprobatoria).

(2) En mayo de 1798, Napoleón, invasor contra todo derecho de Egipto, tomó las ciudades de Gaza y Jafa, reuniendo con tal motivo cerca de cinco mil prisioneros del Ejército turco. Napoleón ordenó que fuesen muertos (asesinados) a bayonetazos para no gastar municiones. Fué uno de los genocidios más crueles de la Historia. Cinco años después, Napoleón preparó y ejecutó el asesinato del príncipe en Enghien, atropellando todo el derecho de gentes. Casi al mismo tiempo llevó la guerra a toda Europa. invadiendo, matando, violando, incendiando y saqueando. En 1808 volcó su satánico y vesánico furor sobre España, su fiel aliada; ahí está el testimonio estremecedor de Go-

sor parlamentario don Oliverio Cromwell, disponiendo el genocidio en ciudades católicas para que ocupasen sus casas los herejes (3); *o a don Simón Bolívar el Libertador, el* Héroe puro, *ordenando por escrito el degüello de presos civiles, incluso los enfermos de los hospitales, por el único motivo de haber nacido en España* (4).

Y, en última instancia: ¿es más cruel y condenable pasar a cuchillo a unos cientos de enemigos sobre el campo de batalla en el mismo momento en que culmina el odio y coraje de la pelea y fusilar luego a unos presos en represa-

---

ya; empezó fusilando a cientos de madrileños; causó en España cientos de miles de muertos y sus Mariscales mandaron ejecutar toda clase de torturas. Su desprecio de la vida humana era tal, que al contemplar el campo de Austerlitz cubierto de cadáveres, en gran parte franceses, se limitó a comentar: "—*Eso lo arregla una noche de París*". En su desprecio a todo derecho llegó a hacer responsables a los padres de la deserción de sus hijos soldados. Napoleón fué uno de los más inmensos monstruos de la Historia Universal, doblemente responsable por su inmenso talento. Y, sin embargo, no se le declaró "criminal de guerra" y se le exaltó como uno de los grandes individuos de la Humanidad.

(3) Por ejemplo, las matanzas masivas de católicos, hombres, mujeres y niños en la ciudad irlandesa de Wexford, donde las casas de los asesinados fueron ofrecidas gratuitamente, aún teñidas y olorosas de sangre, a los protestantes que quisieran habitarlas. Sobre esto, el Presidente de la Cámara de los Comunes, el 14 de octubre de 1649, comunicó: "*sería de desear que una nueva población honrada fuese a establecerse en ella* (en Wexford) *donde encontrará óptimas y cómodas casas vacías*". La población de Tredah fué pasada a cuchillo. En Mill-Mount fueron degolladas cerca de dos mil personas. De hecho así está llena la guerra civil inglesa entre el Rey y el Parlamento, en su gran mayoría imputables personalmente a Cromwell. (Véase el nada sospechoso Carlyle: *Olivier Cromwell's, lettres and speeches*", carta 104 y otras, y "*Cromwell*" de E. Momigliano). No obstante, Cromwell se titulaba "Lord Protector de Inglaterra". Su crueldad fría y sistemática supera sin duda a la de las represalias de Bobes al frente de unos indios y mestizos semicivilizados.

(4) De la sevicia y matanzas ordenadas y ejecutadas por el *Libertador* Don Simón Bolívar y sus lugartenientes y seguidores, se da cuenta documentada en las páginas de este libro. Baste decir que ellas, según afirmación de un prestigioso historiador venezolano que se cita más adelante, "*formaron a Bobes*".

lias (que es lo que hacían Bolívar y Bobes o Bobes y Bolívar), o arrojar una bomba atómica que abrase o deje muertos, impotentes o mutilados a centenares de miles de personas civiles ajenas totalmente a la lucha, que es lo que se hizo y se hará en las guerras del siglo XX?. Y como en este bajo mundo todo es relativo, hasta Bolívar y Bobes podrían pasar por unas tímidas y melífluas hermanas de la caridad si les comparamos con los que prepararon, ordenaron y llevaron a cabo el atomic bombard *de Hiroshima.*

En esto de crueldades realizadas por los que hicieron la Historia, el que esté libre de pecados que arroje la primera piedra.

¿Por qué, pues, poner toda la crueldad y la sangre sobre la cabeza y el nombre del coronel asturiano D. José Tomás Bobes?. O los condenamos a todos, excluyéndoles de entre las personas dignas de la Historia, o a todos les admitimos, tal como fueron, chorreantes de sangre humana, pero con el rango y consideración de figuras históricas, por ellos bien adjetivadas. Por eso creo justísimo y razonable lo que se pide en estas páginas: poner a Bobes en el lugar histórico que le corresponde según la medida moral al uso con que se califican y sitúan los personajes en la Historia. *De ninguna manera puede admitirse que Bolívar sea el* HEROE PURO *con aparatosa estatua en Madrid (¡en Madrid!) y Bobes el* FACINEROSO, *a quien se regateó y prohibió (¡por gobernantes españoles!) un sencillo busto en Oviedo.*

Así, pues, señores «charlatanes de todo linaje» *y sobre todo* «filisteos de la cultura» *(como decía y recordaba Ortega y Gasset* (5)), *no se escandalicen ustedes con tantos*

(5) ORTEGA Y GASSET, JOSE: *El Espectador*. Ed. Biblioteca Nueva. Madrid, 1943, págs. 264 y 265.

aspavientos de las matanzas ciertas (y de las inexistentes o atribuidas) de Bobes, cuando es bien público y notorio que ustedes llevan más de ciento cincuenta años ocultando, absolviendo o disculpando las matanzas de Bolívar, de Napoleón, de Robespierre, de Cromwell y de otros tantos, más culpables por más responsables y de mayor jerarquía que Bobes, gobernantes de poderosos Estados de la más «culta Europa», y no guerrilleros improvisados en el azar de un enfrentamiento pasional en una lejana provincia ultramarina de un Imperio que se estaba deshaciendo.

O sea, dicho a lo vulgar: o respetamos todos las reglas del juego histórico, o se rompe la baraja. Y si a Bobes no se le puede poner una estatua, derribemos las de Bolívar, Napoleón y Cromwell, y escribamos de nuevo la Historia universal. (1).

Debe también recordarse que la crueldad vesánica no tiene época ni patria ni bandera y la practicaron y practican todas las razas de todos los tiempos y de todas las ideolgías. Es un hecho tremendo y angustioso que cruza como latigazo ensangrentador el rostro de la Historia; un hecho desgraciadamente cierto y, hasta ahora, al parecer, sin esperanza de redención.

Negarse a ver esa abrumadora realidad humana que es la crueldad y la violencia, un hecho tan terrible y lamentable como se quiera, pero que «está ahí», siempre presente en la Historia; no querer reconocer esa realidad y cerrar los ojos ante ella por parte de los que rijen y administran las sociedades, resulta tan absurdo y negativo como si los agricultores hicieran sus planes de trabajo sin contar con el pedrisco, las inundaciones, las heladas y los huracanes y luego se lamentasen de sus consecuencias. De ahí lo falso,

(1) Véase sobre esto mi "Discurso de introducción a las armas" en mi libro "*Tratado histórico de las Armas*". Ed. Labor. Barcelona, 1982.

y retórico de esas pomposas declaraciones que a veces se han formulado como la de que españoles son «justos y benéficos», *de la Constitución de* 1812 (*art.* 6.°), *precisamente cuando Bobes y Bolívar se empezaban a dar trallazos tan poco benéficos; o aquella otra de la Constitución de* 1931 (*también art.* 6.°), *en la que se declaraba que* «España renuncia a la guerra», *precisamente en vísperas de una de las más sangrientas guerras civiles hispanas de todos los tiempos. ¡Que magnífica ocasión para estar callados perdieron aquellos elocuentes pero inoportunísimos legisladores!.*

VIGENCIA DE UNA POLEMICA

Es posible que algunos lectores de hoy se pregunten (como me pregunté a mí mismo) si mantengo los ideales y las valoraciones que se manifiestan en estas páginas. Y les respondo y me respondo que substancialmente sí, aunque con diferencias de matices, incluso de matices de gran importancia. Y ello es lógico: ningún hombre a los sesenta y tantos años ve las cosas de este mundo como las veía a los veintitantos. Tampoco desconozco lo que envejecen los estudios históricos. Pero la dialéctica, los argumentos, los hechos que reivindican en cierto modo a Bobes, creo que son tan válidos en 1982 como lo fueron en 1941. Y por eso no dudo en reimprimirlos en el bicentenario del nacimiento y a los 168 años de la épica muerte de aquel centauro asturiano que fué «león de los llanos» y cabalgó como un rayo vengador por las planicies de Venezuela.

Sé que entre otras, se podrá hacer a estas páginas el fundado reproche de carecer de un riguroso aparato erudi-

to. Pero así se publicaron y ello se disculpa por el carácter epistolar urgente de la polémica, igual por la parte del ilustre historiador Doctor Parra Pérez que por la más modesta mía, pese a que ambos, como profesores universitarios (él lo fué y Rector en Caracas y profesor yo en Madrid), conocíamos y habíamos practicado esa técnica historiográfica. Pero respondo, por lo que a mi texto se refiere, que todas las citas son exactas (prueba de ello es que el Dr. Parra no las rechazó); y como menciono los títulos y añado una bibliografía, es posible comprobarlas. Y lo mismo me atrevo a decir del texto del señor Parra, dada su solvencia científica y la seriedad de toda su obra. El era entonces un verdadero maestro veterano y yo un mozo tan sobrado de audacias y de brios como falto de experiencias y de maduro reposo para mis conocimientos librescos de aprendiz de erudito.

En Oviedo, noviembre de 1982, cuarenta y dos años después.

J. E. C.

SIMON BOLIVAR Y LA HISPANIDAD

SIMON BOLIVAR Y LA HISPANIDAD

Por J. E. CASARIEGO

Artículo publicado en la revista de Madrid Fotos *el 21 de diciembre de 1940. Iba ilustrado con tres grabados.*

Simón Bolívar, muerto este 17 de diciembre hace un siglo y diez años justamente, es uno de los grandes personajes históricos que más necesita, en esta hora, de una rigurosa revisión.

Simón Bolívar es, ante todo y sobre todo, un producto perfecto de su tiempo: el prototipo humano elaborado por el romanticismo racionalista y liberal. Sus ideales son, por lo tanto, la negación de los ideales de la Hispanidad, y su obra, lo contrario de la obra del Imperio católico español.

Bolívar representa al ariete destructor de ese Imperio que fue, al menos teóricamente, una de las más bellas fórmulas ideales de unidad que ató a los hombres, el motor que creó el mundo de la Hispanidad que se extiende sobre toda la tierra, rezando a nuestro mismo Dios en nuestra misma lengua y que abarca por igual a blancos y a negros, a indios y a mestizos. Por eso su rotura material y espiritual, ¡cuántos daños nos causó y nos está causando a todos los hispanos!. De aquella poderosa Monarquía universal quedaron, como restos de un gran naufragio, unos Estados que duran-

te un siglo fueron juguete de las intrigas extranjeras, sumidos las más de las veces en el caos de la anarquía, fácil presa para las ambiciones imperialistas de las grandes plutocracias enemigas y destructoras de cuanto grande fuimos y podemos ser. Si hoy banderas extrañas que representan otras lenguas y otra alma se clavan en las tierras hispánicas; si hoy muchos lugares de América son considerados como campo de explotación colonial por las grandes oligarquías; si hoy una palabra pronunciada en el romance de Castilla por un caballero de Madrid o de Lima, de Méjico o de Manila, de Buenos Aires o de Sevilla, no pesa y decide en las grandes disputas internacionales, es porque ese mundo hispánico fue quebrado y bastardeado por un proceso de desintegración.

La Historia ha probado que no se puede hablar de «americanismos» contra «españolismos». Marius André y Ramiro de Maeztu lo han hecho ver con documentos que convencen a los más negados. No peleó, no pudo haber peleado «América» contra «España». Hubo, en una triste época de postración y decadencia de los ideales hispánicos, una guerra civil entre hispanos en la que eran doctrinas políticas las que dividían a los hombres en partidos, y no en lugar de nacimiento. Así, por ejemplo, Mina, Milán del Boch, Campo-Elías Villapol, entre otros peninsulares, lucharon contra la unidad del Imperio y, en cambio, millares de criollos, de indios y de mestizos lidiaron tercamente por mantener la autoridad del rey, como aquellos llaneros, azote de los revolucionarios venezolanos, que pasearon sus perfiles de centauros a las órdenes del ovetense Bobes, «el león de los llanos». De ese modo, las guerras de América fueron puras luchas civiles de bien definido perfil romántico, que aquí en España tuvieron su edición con las contenidas de carlistas y cristinos y más tarde con los separatismas peninsulares.

Y para terminar esta digresión que me llevaría muy lejos del propósito de este recordatorio semanal, voy a permitirme reproducir una cita qud prueba lo dicho:

Un hispano de la península, D. Emilio Castelar, verbo del republicanismo, fue quien dijo:

«No hay nada más espantoso, más abominable, que aquel gran Imperio español, que era un sudario que se extendía sobre el planeta».

Simón Bolívar, caraqueño, subteniente de las milicias reales, de limpio linaje vascongado y buena fortuna, pertenece al mismo partido que el gaditano Castelar. Es, pues, cuestión de partidos, de «ideas», no de «patrias».

Simón Bolívar —talento excepcional y energía asombrosa— tuvo el azar de nacer a finales del siglo XVIII (en el XVI hubiese sido un adelantado) y tener por maestro a un pedante enciclopedista que le formó en la pedagogía roussoniana. En 1799 viene a España; visita Vizcaya, cuna de su estirpe; juega con el príncipe Fernando en Aranjuez; almuerza con la reina María Luisa; se enamora en Madrid; pasea con su novia como cualquier tenientillo provinciano, por las calles de Bilbao y se casa en una iglesia cortesana de Madrid. Enviuda al año y este primer fracaso le lanza a un viaje lleno de romanticismo. Conoce a Napoleón y a los Humboldt, y en Roma —mozo lleno de soberbia y endiosamiento racionalista— se niega a besar la sandalia del Papa Pío VII. Imita a lord Byron y los amaneceres orgiásticos de París le sorprenden, borracho de besos y champán, sobre un canapé, en una estancia donde quizá un busto de Voltaire perpetúa en escayola su risa diabólica. Esto, al menos, es cuanto han dicho de él sus apologistas, sus admiradores, aunque es posible que haya mucha anécdota en ello.

Frente a esas ideas y esa actitud del futuro libertador, el Imperio católico, que tenía abandonada su misión por la traición de sus clases directoras, peninsulares y criollas, no puede ofrecer anhelos anchos y transcendentes. Por eso el malogrado Ramón de Basterra puede decir con plenitud de acierto en su famoso libro «Los navios de la Ilustración».

«*El brazo armado de Bolívar significa en la historia de la raza española el formidable castigo que termina por infringir la realidad a las vanas apariencias autoritarias no sostenidas ejemplarmente en perfección interna*».

Simón Bolívar hace la guerra con una ferocidad que excede a todo lo imaginable contra lo más claro y auténtico de la Hispanidad, apoyado por protestantes y masones. Es un iluso, emborrachado por la Revolución francesa. Cree en todos los mitos cuya falsedad ha venido a demostrar el tiempo. Desprecia la comunidad hispánica atada en misión sobre la tierra, cree en el beneficio y en

la perfección del individuo por la libertad, la fraternidad y la igualdad vacías de sentimiento religioso. Y en su ceguera, en su desvarío, llega a decir cosas como ésta:

«*El saber de Humboldt ha hecho más bien a América que todos sus conquistadores*».

Pero Bolívar, que muere a los cuarenta y siete años, sufre el terrible desengaño de presenciar el fracaso de sus propias quimeras. Arruinada la arquitectura del Imperio, las tierras de América (que habían gozado de trescientos años de paz y de progreso, hasta el punto de convertirse de tribus neolíticas en provincias iguales a las de Castilla), se debaten en un caos de anarquía y de pequeños separatismos. ¡Terrible lección de la Historia! Ya no hay Imperio; pero cada provincia se torna en un feudo, cada grupo en una oligarquía, cada general en un tirano, y hasta Sucre, el vencedor de Ayacucho, cae alevosamente asesinado en una asonada fratricida. Y Bolívar, destruída su salud por los placeres, va a morir a la vieja casona patriarcal de un español de Santa Marta, abandonado y traicionado por todos, pero viendo claro, ya que un año antes de morir había escrito estas líneas, que son su mejor sentencia de su obra;

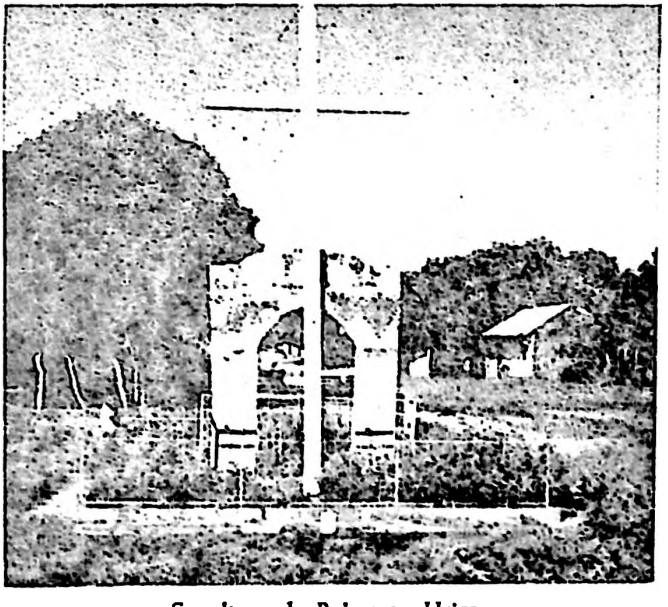
La Independencia es el único bien que hemos conquistado a costa de todos los demás... Los que han servido a la Revolución han arado en el mar. Estos países caerán indefectiblemente en manos de anarquía desenfrenada, para pasar después a la de tiranuelos casi imperceptibles, de todos los colores y razas, devorados por todos los crímenes y extinguidos por la ferocidad...

Y ahora, para terminar: un detalle que ya anotó mi general D. Luis Bermúdez de Castro: mientras en una iglesia madrileña puede leerse una lápida que recuerda a todos que allí se casó D. Simón Bolívar, en 1802, en la parroquia de San Isidoro de Oviedo no hay ningún vestigio de que recuerde a los hispanos que allí fué bautizado el Coronel Bobes (1) el día 18 de septiembre de 1782, el fuerte e inteligente caudillo que tan ardorosamente peleó por

---

(1) El templo parroquial de S. Isidoro no se había trasladado todavía en esa fecha al que ocupa actualmente, que perteneció a la entonces recién extinguida Compañía de Jesús. Pero la lápida puede ser colocada igualmente en éste, ya que no se trataba del templo sino de la parroquia.

la unidad del Imperio hispánico y cayó de una lanzada, con un ¡Viva el Rey! en los labios durante una épica carga de la caballería imperial, en la batalla de Urica, el 5 de diciembre de 1814 a los treinta y dos años de su edad.



Sepultura de Bobes en Urica.

PRIMERA CARTA DEL SEÑOR PARRA PEREZ

Madrid, 28 de diciembre de 1940
Sr. D. J. E. Casariego.
Ciudad.

Muy señor mío:

No me dirijo a usted en mi calidad de ministro de Venezuela, sino como simple aficionado a estudios históricos. Mas por esto mismo hágolo con la libertad que naturalmente tiene quien ha escrito en favor de España y de la verdad española páginas que forman libro o corren en revistas y periódicos, y que no todos ignoran en este noble país.

Su artículo sobre Bolívar y la Hispanidad, publicado en «Fotos» el 21 de los corrientes, intenta plantear de nuevo un problema que se creía resuelto hace tiempo; resuelto a la vez por la crítica histórica que ha colocado a Bolívar en el alto sitio único que le corresponde, y por la propia España, en cuyo nombre el general Primo de Rivera pronunció elocuentes palabras en la ceremonia oficial celebrada en la plaza de Salamanca el 12 de octubre de 1925, día de la Raza. Cinco años después, solemnes funerales en San Francisco el Grande honráronse con una presencia augusta.

Quisiera recordar ante todo que los ataques, por decir así, personales, de puro mal gusto en su mayor parte, que se dirigen a hombres como Bolívar, grande entre los que más lo han sido, carecen de interés para la historia, porque salen de su terreno y sólo sirven a los autores para llenar las cuartillas que reclama a veces el duro oficio de cada día. Así, pues, no me detendré mucho en

borrar la caricatura que usted hace de aquél, aunque no deje de protestar contra los rasgos odiosos que la componen. Limitaréme a decir que sus ataques se basan en información insuficiente, y no discutiré tendencias a recoger anécdotas más o menos apócrifas y consejas pintorescas que sobre el personaje publicaron libelistas o firmantes de efímeros librillos.

El asunto que me lleva a escribir a usted es grave y distinto del prurito de asumir defensas supérfluas. Lo esencial, en efecto, es saber hasta qué punto usted, escritor de mucha reputación y con auditorio en círculos extensos e importantes, guía o interpreta la mentalidad de éstos. Si el caso no fuere aislado, si su artículo no debiere tenerse como mero exponente de personal ardor polémico, habríamos de temer que tuviese imitadores y contribuyera entonces a dar al traste con todo conato de lograr mejor comprensión mutua de españoles y americanos y con la propaganda en favor de la unidad moral e intelectual de los pueblos de nuestra lengua. Hay temas cuyo manejo exige un máximum de discreción. Cuando uno asume la responsabilidad voluntaria de escribir para el público cuestiones fundamentales, no hay derecho de hacerlo sin tanteo y con atolondramiento que recuerde el clásico ejemplo del elefante irrumpiendo en un almacén de porcelanas. Usted, como todo el mundo, tiene libertad para emitir juicios en materia de historia, aunque el que ahora formula de Bolívar no resista al análisis: en América usamos y abusamos bastante de tal facultad para no alarmarnos con ella. Pero, en virtud del propio carácter que heredamos de nuestros mayores peninsulares, los hispanoamericanos apreciamos más el respeto que el halago, y una de las formas de respeto que sobremanera nos complace es el que se tenga a nuestra historia. En razón particularmente del argumento que usted suscita, no es inútil decirle que el rey Felipe V hablaba ya del «caviloso genio» de los habitantes de la provincia de Venezuela. Imposible será entenderse si recomenzamos a emplear en 1940 el lenguaje de 1820. Millones de hombres, en ultramar, aman y admiran la Madre Patria, sienten sus dolores y valoran el esfuerzo que la lleva hacia mayores destinos. Es importuno herirles en cuanto poseen de más caro y glorioso. No reabra usted a través del Atlántico un diálogo que pronto se convertirá en funesta disputa.

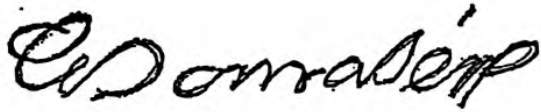
Permítame, por último, que fije un punto de los anales de Venezuela que usted no parece conocer con exactitud. José Tomás Boves fué un malhechor que abandonó el campo independiente y se cubrió con la bandera real para cometer inauditas crueldades. Antiguo contrabandista, ese miliciano antes de la letra desconoció de hecho las autoridades españolas, y dotado, en efecto, de cualidades militares excepcionales, recorrió Venezuela peleando y destruyendo a la cabeza de bandas que nunca tuvieron que ver con las tropas regulares. Propúsose, y así lo declaró por escrito, exterminar a los blancos y robar las propiedades. Las proclamas que dirigió a las milicias bárbaras que le seguían en sus devastadoras algaradas, la seducción como magnética que se dice ejército sobre las turbas, su prédica demagógica por la lucha de castas y de clases, inspiraron a Juan Vicente González una definición que le dejará a usted boquiabierto: «*Boves fué el primer jefe de la democracia venezolana*». La eficaz lanzada de Urica evitó ciertamente que aquel facineroso, de la calaña de Lope de Aguirre, proclamara independientemente una Venezuela de la cual todo elemento español, étnico, moral o intelectual, hubiera desaparecido.

Bolívar ni «inició en Tierra Firme la guerra sin cuartel», como no la iniciaron tampoco los oficiales de carrera que, bravamente, sirvieron al rey: Cagigal, Ceballos o Correa. La guerra a muerte que Bolívar aceptó por la terrible declaración de Trujillo, pero a la que más de una vez intentó poner fin, antes de que con Morillo «regularizara» la contienda, fué inventada por aventureros cuyos tipos son Monteverde o algunos de sus secuaces y, en especial Boves, todos usurpadores arbitrarios contra quienes no cesaron de protestar los representantes del Gobierno real y los magistrados de la Audiencia. Morales, segundo de Boves, ex vendedor de pescado seco en Píritu, fué otro miliciano de talento militar y no menor ferocidad que su patrón.

Puedo asegurar que la lápida conmemorativa de Boves que usted desea ver colocada en una iglesia de la ciudad de Oviedo, verdadero paradigma del heroísmo español, sólo serviría para atraer a la memoria de los venezolanos horrores que han tratado de olvidar. Invocar el nombre del atroz bandolero en los términos de que usted se sirve, es un insulto a la majestad de España.

Es posible que usted no publique esta carta: la prensa hispanoamericana lo hará.

Con sentimiento de distinguida consideración me suscribo de usted muy atento servidor,



C. PARRA-PEREZ.

CONTESTACION DEL SEÑOR CASARIEGO

Madrid, 7 de enero de 1941
Sr. D. C. Parra-Pérez.
Plaza.

Muy señor mío.

Hace algunos días, antes de mi viaje a Portugal (causa del retraso involuntario de esta respuesta), había ordenado a mi secretario que averiguase si el señor Parra-Pérez estaba en Madrid, pues pensaba invitarle a almorzar para iniciar de ese modo directo y agradable una amistad que me interesaba, ya que, como soy también aficionado a los estudios e investigaciones históricas, ocupábame por ahora en un trabajo sobre nuestros antiguos virreinatos de Indias. Al señor Parra-Pérez, es decir, a usted, no le conocía más que por sus libros sobre Bolívar, el régimen español en Venezuela y documentos napoleónicos referentes a la América española, algunos de estos enviados por usted a mí con encomiásticas dedicatorias, que abrían una puerta a nuestra posible amistad. Como yo soy un convencido de la necesidad de fortalecer y propagar los grandes ideales de la Hispanidad para gloria y provecho del mundo hispánico, y en ese sentido tengo escrito numerosos artículos, quería conocer personalmente al ilustre historiador y político caraqueño, convencido de que de nuestro comercio intelectual podríamos sacar provechosos frutos.

Pero, a mi regreso de Lisboa, me encuentro sobre mi mesa una carta que con todo respeto tengo que calificar, por lo menos, de desorbitada y de la que saco estas consecuencias: o que usted no conoce bien la historia de las guerras separatistas de América, o

que usted deforma la verdad histórica, o quiere buscar a todo trance el ruido y la transcendencia de una polémica inoportuna.

En primer lugar, señor Parra-Pérez, en mi artículo de la revista «Fotos» del día 21 de diciembre de 1940, titulado «Simón Bolívar y la Hispanidad», no hay ataques «personales» a Bolívar, ni mucho menos cosas de «mal gusto», como podrán testificar todas las personas que lo lean. Cuanto digo del célebre caudillo está rigurosamente consagrado, según sus biógrafos al uso.

Niega usted que Bolívar haya declarado la guerra a muerte. Todos creíamos hasta ahora lo contrario. Los mismos historiadores americanos lo reconocen así. Por ejemplo, el venezolano Lino Duarte Devel, en su «Historia Militar y Civil de Venezuela», escribe:

«*Declarada la guerra a muerte por Bolívar en su proclama de* 15 *de junio de* 1813. *Boves aceptó audazmente el reto, y en circular de* 1.° *de noviembre manda castigar a los patriotas con la pena de muerte*».

Juan Vicente González, autor con el que usted quiere apabullarme, pero que conozco tan bien como usted mismo, dice en la biografía de Ribas (1), el lugarteniente de Bolívar:

«*La guerra a muerte o el terror, lejos de ser un medio de victoria, fué un obstáculo insuperable para conseguirla; creó a la república millares de enemigos en el interior del país, le arrebató las simpatías exteriores, hizo bajar al sepulcro a* 60.000 *venezolanos y formó a Boves*».

Es decir, que Juan Vicente González, venezolano, reconoce rotundamente que Bobes fué un producto de la reacción contra las impolíticas y crueles matanzas de Bolívar y los suyos. Y Lino Duarte, venezolano también, expresa claramente que Bobes «*aceptó*» la guerra a muerte, declarada por Bolívar.

El mismo Juan Vicente González, tan de su predilección, explica en el libro citado:

«*Después de la derrota de Campo-Elías, en La Puerta, Bolívar ordenó* (*día* 8) *por tercera vez, desde su Cuartel general de Valencia, que se pasase por las armas a cuantos españoles y canarios había en las cárceles de Caracas y La Guaira. Esta orden, que el* 19 *de noviembre y* 17 *de octubre había sido abiertamente desobedecida por Ribas, sin descender a justificar su conducta, fué ejecutada por Aris-*

(1) Véase al final las referencias bibliográficas de las citas.

mendi con voluptuoso placer, excediéndola de tal modo, espantando a Bolívar y a todos los patriotas».

Este tal Arismendi, señor Parra-Pérez, fué una hiena mil veces más cruel que Bobes. De cabecilla de motin en Santa Margarita vino a dar de coronel insurgente en Caracas. Era de una incultura total y ni tan siquiera sabía hablar. El Regente Heredia, en sus nada sospechosas «Memorias», recoge un discurso suyo, que comenzaba así:

«*Ciudadanos: toditodicos hemos de ir a la guerra: hasta los fraires*»

El susodicho Juan Vicente González hace la siguiente descripción de las matanzas ordenadas por el «humanitario y grande entre los que más lo han sido», como usted dice, Simón Bolívar:

«*Los degüellos comenzaron el 12 y continuaron algunos días. En La Guaira se les sacaba en fila, dos a dos, unidos por un par de grillos, y así se les conducía, entre gritos e insultos, coronado cada uno con un haz de leña, que habían de consumir sus cuerpos palpitantes. Pocos lograban se les matase a balazos: los más eran entregados a asesinos gratuitos, que se ejercitaban al machete, al puñal, y que probaban a veces sus fuerzas arrojando sobre el cerebro del moribundo una piedra inmensa. Que sepa la posteridad los nombres de esos héroes del asesinato: Nicolás Lamas, Francisco Martínez, Zacarías Navarro...*

¡*Memorables sitios del Castillo del Cantón y del Cardenal*! *Aun una historia. Estaba preso don Antonio Oramas, isleño estimado por su cultura y bondad; su amigo don José Ventura Santana logra de Bolívar una recomendación para Arismendi y Mendoza y un pasaporte para las colonias; Mendoza conviene fácilmente; tres mil pesos ablandan a Arismendi, y Oramas es guiado por su amigo hasta la Guaira; el marino había columbrado entre la niebla del horizonte una pequeña barca; ruega al comandante de la plaza, coronel Leandro Palacios, le deje ir a su encuentro; y abrazando a su amigo, huye el proscripto a una muerte inevitable. Pero su esposa, doña Isabel Bencoechea, incierta de su destino, inquieta, loca, teme una desgracia y vuelve a La Guaira, para saber si se ha salvado su marido. En vano le protesta Palacios que había marchado esa misma tarde; como nadie le repite la noticia, se va en la noche al Cardenal, con un farol en la mano y una criada, y recorre los cadá-*

veres, y examina sus facciones lívidas, y tropieza y cae sobre uno que creyó, en medio de su tormento, semejante al de su esposo. Manos amigas la arrancan de aquella escena, pero con la muerte en el corazón; a los trece días abandonaba a sus huérfanos, a sus hijos para ir a dormir eternamente en la iglesia metropolitana, al pie de San Bernardino. Dejaba a los suyos por herencia una vida breve y la fatalidad...

Sobre aquel anfiteatro corrían locas de placer, vestidas de blanco, engalanadas con cintas azules y amarillas ninfas del suplicio, que sobre la sangre y los sucios despojos bailaban el inmundo palito...

El 13 *de febrero escribía el comandante de La Guaira al general Arismendi*:

«*Número* 116.—*En obedecimiento a orden expresa de S. E. el general libertador, para que sean decapitados todos los presos españoles y canarios reclutados en las bóvedas de este puerto, se ha comenzado la ejecución, pasándose por las armas esta noche ciento de ellos.*—Leandro Palacios».

Al día siguiente le decía así: «*Número* 119.—*Ayer tarde fueron decapitados* 150 *hombres de los españoles y canarios encerrados en las bóvedas de este puerto, y entre hoy y mañana lo será el resto de ellos.*—Leandro Palacios».

El 15 *de febrero le hace la siguiente participación*: «*Número* 123. *Ayer tarde fueron decapitados* 247 *españoles y canarios, y sólo quedan en el hospital* 21 *enfermos y en las bóvedas* 108 *criollos.*—Leandro Palacios».

El 16 *de febrero, último parte*:

«*Número* 126.—*Hoy se han decapitado los españoles y canarios que estaban enfermos en el hospital, último resto de los comprendidos en la orden de S. E. Lo que participo a V. S. para su inteligencia.*—Leandro Palacios».

¡*Y qué*! *¿No había medio de contener esos transportes salvajes? ¿Ninguno habló que hiciese oir los consejos de la razón indignada, que espantase con las santas cóleras del corazón, que disputase a los verdugos las cabezas inocentes? ¿Cómo dejaron beber tanta sangre a esa docena de vampiros, y que han manchado para siempre los vistosos arreos de la revolución? ¿Y cómo comprenderemos tan universal cobardía en esta tierra de valor? Sólo la memoria de aquellos niños que, de guardia en el principal, fueron lla-*

mados a una ejecución, rehusan orgullosamente disparar, y la muerte de los proscriptos fué un asesinato individual: llamábanse aquellos muchachos Juan de la Cruz Llamozas, José I, García, José Ignacio González.

En Caracas las ejecuciones no habían cesado nunca; mas desde el funesto 12, *mañana y tarde, se fusilaba en la plaza pública, en la de San Pablo y la Trinidad, y en el Matadero. A todas horas, aquellos banquillos, bañados en sangre, rodeados de humanos restos, embriagaban a unos, llenando a otros de piedad, con sus pútridas exhalaciones. Por motivos de economía se asesinaba, a veces, con machete y puñales».*

Ante ese cuadro de horrores, que ni Bobes ni nadie podría superar, el historiador venezolano (permítame la insistencia machacona) Juan Vicente González se pregunta justamente extrañado:

«¿Por qué razón los contemporáneos no hicieron responsables de las inauditas violencias de aquella época A BOLIVAR, QUE LAS DICTABA...?».

Eso es, señor Parra-Pérez; Bolívar las dictaba y sus lugartenientes las cumplían, alguno con refinamiento infrahumano del mencionado Arismendi, que es, seguramente, uno de los monstruos más crueles de la Historia universal y el baldón más vergonzoso de la raza hispánica. Pero ocurre, señor Parra-Pérez, que la Historia es a veces injusta, y mientras Arismendi tuvo buenos historiadores, Bobes los tuvo malos. Además, el partido de uno triunfó y el de otro fué derrotado, y lo que yo pretendo modestamente, señor Parra-Pérez, es revisar la Historia, hacer justicia y poner la verdad en su punto. El propio Juan Vicente González reconoce esta diferencia de la Historia al juzgar a los dos coroneles.

«Esta leyenda de Boves «Demonio» —dice— vivió largo tiempo después de su muerte. Un fraile, Márquez, contó una vez desde el púlpito cómo fué engendrado en un súcubo, cómo le creó Dios en una isla apartada y cómo llegó a ser él el azotico *de los pueblos que habían pecado.*

Más feliz Arismendi, logró transformarse en los épicos combates contra Morillo y ayudar poderosamente, el año 35, *al breve reinado del poder civil. Dios dilató su vida hasta los últimos tiempos, llena de recompensas y consideraciones.*

«Otro fué el destino de Boves; desprendido, él, que no tenía sino su caballo y su espada, en el testamento que había hecho sólo pudo disponer con quien había contraído esponsales (porque Boves amó) 300 *pesos, que le debía Vicente Delgado. El resto de su historia militar quedó como un reflejo sangriento».*

Insistiendo en la responsabilidad que innegablemente le cabe a Bolívar de haber declarado la guerra a muerte, sin razón que disculpase tan espantosa medida, Juan Vicente González reconoce este hecho al decir:

«Cuando el 18 *de junio del mismo año Bolívar declaró en Trujillo la guerra a muerte, contra la voluntad expresa del Gobierno de la Unión, por aquellas palabras memorables que conservará la Historia: «Españoles y canarios, contad con la muerte, aun siendo indiferentes, si no obráis activamente en obsequio de la libertad de Venezuela; americanos, contad con la vida, aun cuando seáis culpables», él no sabía sino vagamente los sufrimientos de la Patria».*

Y en este plan, señor Parra-Pérez, podría escribir un largo libro sólo con citas de historiadores americanos. Usted, muy a la ligera, al acometerme con su carta, me dice que yo «me baso en información insuficiente» y que recojo anécdotas más o menos apócrifas y consejas pintorescas que sobre el personaje publican libelistas y firmantes de «efímeros librillos».

Si los historiadores venezolanos Lino Duarte y Juan Vicente González, entre otros muchos que con ellos coinciden, son considerados por usted entre los de esa categoría, nada tengo que decirle.

En cuanto a la dispendiosa vida privada de Bolívar —sus amores, sus viajes, sus amistades y otros detalles—, usted sabe muy bien que, según ustedes, los «bolivaristas», son rigurosamente históricos, y, entre otros muchos autores, los consigna el malogrado Ramón de Basterra en su libro «Los navíos de la ilustración», editado en Caracas y ofrecido al Presidente de Venezuela. Esta obra, de gran valor literario e histórico, que usted cita como fuente utilísima en la bibliografía de su «Régimen español en Venezuela», tampoco es un libelo o un «efímero librillo».

Usted se habrá dado cuenta de que conozco la historia de las guerras de independencia de América, por lo menos tan bien como usted, y puedo demostrárselo en cualquier momento.

Queda, pues, bien claro que en mi artículo no había ni alusiones personales ni mucho menos falsedades, y que con discreto tacto procuré no recordar estas cosas horribles de matanzas y de crímenes con las que ahora en esta carta refreco su memoria. Mi artículo es la síntesis de una teoría de crítica histórica correcta que puede discutirse en un sereno ambiente en el que su carta, apasionada, injusta y molesta, no podría caber.

En ella dice usted una hermosa verdad que yo he propugnado siempre en mis escritos: «La propaganda en favor de la unidad moral e intelectual de los pueblos de nuestra lengua». A usted, que es historiador, no se le ocultará la necesidad de edificar esa nobilísima propaganda sobre bases de verdad y justicia históricas, para lo cual es necesario revisar la mayor parte de la Historia, escrita con una visión unilateral y doctrinaria. Y en este aspecto, es para mí honrosísimo el calificativo que directamente me llega de «elefante irrumpiendo en un almacén de porcelanas». ¡Menguadas porcelanas históricas, que tan fácilmente se pueden romper!

También he de decirle que para mí esa labor de revisar la Historia no es «llenar cuartillas que reclama a veces el duro oficio de cada día», sino servicio a mi Patria y a la Hispanidad en su más elevado y auténtico concepto.

Tampoco creo que lo «más caro y glorioso» que poseemos los pueblos hispanos sean nuestras tristes y sangrientas luchas intestinas, ni las doctrinas extrañas a nuestra mentalidad tradicional, sino nuestros grandes ideales de fe y nuestras características morales, que hacen de la Hispanidad un mundo ideal que puede llegar a ser reserva inapreciable de una humanidad hedonista y delirante.

Del coronel Bobes, se limita usted a repetir todos los tópicos con que sus enemigos han tratado de deformar su recia y bien plantada figura histórica. En el Archivo Militar de Segovia, en el del ministerio de Marina, en documentos particulares de Asturias, en testimonios de contemporáneos, se encuentran pruebas de cuál era su verdadera personalidad; de cómo fué siempre un hombre laborioso y honrado; de cómo le prendieron, le ataron, le abofetearon, así sujeto, los separatistas, y con cuánta dureza respondió con la crueldad a la inaudita crueldad de Bolívar y de sus lugartenientes. Yo he tenido la curiosidad de investigar sobre esos documentos que

usted desconoce. Y hace pocos años, en la colección «Vidas ilustres españolas e hispanoamericanas del siglo XIX», se publicó un volumen firmado por un prestigioso publicista, el general español don Luis Bermúdez de Castro, actual director del Museo del Ejército de Madrid, con el título de «Bobes o el león de los Llanos», en el que se refutan las falsedades, injurias y calumnias que sobre tan esforzado paladín se han venido trenzando. Dice de él así el general Bermúdez de Castro:

«*Bobes, surgiendo de un lago de sangre española, fué el azote de Venezuela independiente y el terror del mismo Bolívar, que, vencido, aniquiladas sus fuerzas, pidió la cesación de aquella matanza, y recibió del caudillo español un NO despreciativo y rotundo*».

Oviedo, «verdadero paradigma del heroísmo español», como usted reconoce, se honra con ser la cuna del valiente Bobes.

Y nada más, señor Parra-Pérez. Puede usted publicar su carta donde quiera. Como usted es un caballero, no dudo que publicará también mi artículo y esta mía. Así, los que lean, tendrán elementos de juicio, pues para juzgar hay que oir a las dos partes.

Y conste que con estas líneas desearía dar por terminada la polémica epistolar que, al fin y al cabo, llevada en los términos en que usted la planteó, perjudica en primer lugar a algo tan necesario y útil como la trabazón de los pueblos hispánicos. Yo, le repito, quiero revisar la Historia para fortalecer las bases en que descanse nuestra íntima unidad espiritual; hacer una labor elevada en la que pueda discutirse, pero nunca reñir.

Y ahora una advertencia muy importante, y que quiero sentar rotundamente: esta carta va dirigida al señor Parra-Pérez, caballero particular y «simple aficionado a estudios históricos». Que conste esto bien.

Suyo affmo.,

J. E. CASARIEGO

SEGUNDA CARTA DEL SEÑOR PARRA PEREZ

DE LA GUERRA A MUERTE

Replico a la respuesta que, dirigida a «Plaza» según estricta usanza militar, dió el señor Casariego a mi carta anterior. Refiéreme también a la abierta del excelentísimo señor general don Luis Bermúdez de Castro, publicada en los periódicos de esta ciudad el 9 del mes de enero. Ocupaciones más urgentes y alguna ausencia de Madrid impidiéranme volver inmediatamente sobre la cuestión, que nunca habría planteado, por considerarla inconveniente para los propósitos de acercamiento y compenetración de las naciones hispánicas, que con tanto y justificado ardor se manifiestan en ambos lados del Atlántico.

Es posible que a los palos de ciego del señor Casariego haya contestado con frases acres, que no sean precisamente de las que sirven para que dos señores se sienten a la mesa sin ceremonia y departan sobre historia y amistad de raza, según el amable deseo que aquél tuviera antes y que muy de veras deploro no se realizase. Quiero, no obstante, dejar constancia, ingenua y categórica, de que no he tenido ni tengo la menor idea de molestar por ningún respecto en su persona al señor Casariego, quien merece homenaje como escritor, soldado y patriota español.

Dicho lo anterior, continúa la polémica que él provocó.

I

Puede haber disparidad acerca de la ortografía del nombre Boves, aun en Venezuela, donde, sin embargo, se enseña a los niños a escribirlo con V de *vesania*, pero no existe en mi país, ni debiera existir en ningún otro, disparidad sobre el calificativo esencial que

aquél merece: Boves fué un malvado. Mas si concesiones de mi parte pudieren contribuir a calmar la sed rehabilitadora, pongamos que Bobes fué un *malbado.* Y tan excepcionalmente *malbado,* que así como los árabes de Egipto y Siria acostumbran todavía intimidar a sus hijos pequeños con el famoso *Ahí viene Ricardo Corazón de León,* las buenas gentes de mi pueblo venezolano marcan siempre la maldad de alguno con la frase que lo dice todo: *Es más malo que Boves.* Otro recuerdo guarda de éste y de su segundo el folklore llanero:

Entre Boves y Morales
la diferencia no es más
que el uno es Tomás José
y el otro José Tomás.

En cuanto al apellido «de la Iglesia», sólo se recuerda que quien lo llevaba violó todos los preceptos de ésta y entró en la de Valencia para jurar ante la hostia consagrada una capitulación que no cumplió. Para el coronelato, sábese que devolvió el despacho al capitán general Cagigal con un desdeñoso «*yo también hago coroneles*». Y en lo que mira al uniforme, dúdase mucho que Boves tuviera tiempo, comodidad ni siquiera intención de cambiar por el glorioso de oficial de su majestad, las prendas clásicas de nuestro llanero a caballo: sombrero de alas anchas, camisa de abierto cuello legionario, hendido garrasí y al pie desnudo «*el férreo acicate que arma el áspero talón cuarteado de los lanceros de Aramendi*», como soberbiamente dice mi antiguo maestro Eloy Guillermo González, maestro de la historia y artista de la lengua.

Con esto y el resto, veráse cuán difícil será hacer aplaudir por el público una oración *pro Bobo,* puesto que se ha escogido para defenderle el aspecto menos recomendable del temible asturiano. Compréndese bien que el general Bermúdez de Castro, figura espectable y conspicua del Ejército español, y el señor Casariego, que se batió con legendario valor de Requeté, compréndese, digo, que estudien a Boves como militar. ¿Boves interesante? ¡Vaya si lo es! Los escritores venezolanos no hemos esperado hasta ahora para calificarlo uno de los mayores hombres de guerra que ha visto el Nuevo Continente. Agrego (con ruego al lector de guardar el secre-

to) que cuando en épocas, por fortuna olvidadas, se disputaba en América sobre los méritos respectivos de nuestros países en la lucha de independencia, mis compatriotas notaban, con orgullo de pueblos guerreros si los hay, que hubieron de batirse contra Boves. Más aún: en la escuela de éste se formó Morales, otro miliciano que llegó a ser verdadero general con bicornio, placas, espada y despacho en regla. Morales ganó por su cuenta muchas acciones, entre otras la de Aragua de Barcelona, que fué la más sangrienta dada en América durante las campañas de la independencia y una de las principales perdidas personalmente por Bolívar. Porque es notorio que Bolívar perdió muchas batallas, como también concluyó por ganar las decisivas. Los historiadores elevan a quinientos el número de sitios, combates y batallas que se efectuaron entonces en el territorio de los Estados llamados hoy bolivarianos. El general barón d'André, oficial francés que estudió aquellas guerras, escribió hace treinta años, me ha tocado citarlo en varias ocasiones, que: «*El libertador es un genio sobrehumano que fulgura con gloria incomparable en la historia militar del mundo*». Pero esa es otra historia, y Bolívar no necesita exaltación, sobre todo a propósito de esta ruín querella. Es el caso de decir: Bolívar no se compara. Bolívar se separa.

El señor Casariego es revisor que aspira a revisar muchas cosas. La expresión revisión de valores sigue de moda y facilita la lucubración. A no dudarlo, la historia está en continua revisión, y es curioso que yo lo haya recordado respetuosamente a un eminente polímata venezolano con quien dialogaba por la Prensa justamente a propósito de España y de su obra en América. El señor Casariego dice que es sencillamente intolerable que «venga a decirle cuál es la majestad de España». Invítole a reflexionar sobre mis esfuerzos en defensa de aquella obra para que enfríe su majestuosa indignación. Porque parece necesario repetir, con la modestia del caso, que pertenezco al grupo de escritores hispanoamericanos que ha tomado a pecho la revisión de los valores históricos en favor de España. No recuerdo si los términos de la dedicatoria de un ejemplar de alguno de mis libros al señor Casariego fueron «encomiásticos», pero sí recuerdo que se lo envié a raíz de leer un volumen suyo sobre el carlismo. A ese grupo de defensores de la verdad en la historia del nacimiento de las naciones americanas perteneció

aquél merece: Boves fué un malvado. Mas si concesiones de mi parte pudieren contribuir a calmar la sed rehabilitadora, pongamos que Bobes fué un *malbado*. Y tan excepcionalmente *malbado*, que así como los árabes de Egipto y Siria acostumbran todavía intimidar a sus hijos pequeños con el famoso *Ahí viene Ricardo Corazón de León*, las buenas gentes de mi pueblo venezolano marcan siempre la maldad de alguno con la frase que lo dice todo: *Es más malo que Boves*. Otro recuerdo guarda de éste y de su segundo el folklore llanero:

Entre Boves y Morales
la diferencia no es más
que el uno es Tomás José
y el otro José Tomás.

En cuanto al apellido «de la Iglesia», sólo se recuerda que quien lo llevaba violó todos los preceptos de ésta y entró en la de Valencia para jurar ante la hostia consagrada una capitulación que no cumplió. Para el coronelato, sábese que devolvió el despacho al capitán general Cagigal con un desdeñoso «*yo también hago coroneles*». Y en lo que mira al uniforme, dúdase mucho que Boves tuviera tiempo, comodidad ni siquiera intención de cambiar por el glorioso de oficial de su majestad, las prendas clásicas de nuestro llanero a caballo: sombrero de alas anchas, camisa de abierto cuello legionario, hendido garrasí y al pie desnudo «*el férreo acicate que arma el áspero talón cuarteado de los lanceros de Aramendi*», como soberbiamente dice mi antiguo maestro Eloy Guillermo González, maestro de la historia y artista de la lengua.

Con esto y el resto, veráse cuán difícil será hacer aplaudir por el público una oración *pro Bobo*, puesto que se ha escogido para defenderle el aspecto menos recomendable del temible asturiano. Compréndese bien que el general Bermúdez de Castro, figura espectable y conspicua del Ejército español, y el señor Casariego, que se batió con legendario valor de Requeté, compréndese, digo, que estudien a Boves como militar. ¿Boves interesante? ¡Vaya si lo es! Los escritores venezolanos no hemos esperado hasta ahora para calificarlo uno de los mayores hombres de guerra que ha visto el Nuevo Continente. Agrego (con ruego al lector de guardar el secre-

to) que cuando en épocas, por fortuna olvidadas, se disputaba en América sobre los méritos respectivos de nuestros países en la lucha de independencia, mis compatriotas notaban, con orgullo de pueblos guerreros si los hay, que hubieron de batirse contra Boves. Más aún: en la escuela de éste se formó Morales, otro miliciano que llegó a ser verdadero general con bicornio, placas, espada y despacho en regla. Morales ganó por su cuenta muchas acciones, entre otras la de Aragua de Barcelona, que fué la más sangrienta dada en América durante las campañas de la independencia y una de las principales perdidas personalmente por Bolívar. Porque es notorio que Bolívar perdió muchas batallas, como también concluyó por ganar las decisivas. Los historiadores elevan a quinientos el número de sitios, combates y batallas que se efectuaron entonces en el territorio de los Estados llamados hoy bolivarianos. El general barón d'André, oficial francés que estudió aquellas guerras, escribió hace treinta años, me ha tocado citarlo en varias ocasiones, que: «*El libertador es un genio sobrehumano que fulgura con gloria incomparable en la historia militar del mundo*». Pero esa es otra historia, y Bolívar no necesita exaltación, sobre todo a propósito de esta ruín querella. Es el caso de decir: Bolívar no se compara. Bolívar se separa.

El señor Casariego es revisor que aspira a revisar muchas cosas. La expresión revisión de valores sigue de moda y facilita la hucubración. A no dudarlo, la historia está en continua revisión, y es curioso que yo lo haya recordado respetuosamente a un eminente polímata venezolano con quien dialogaba por la Prensa justamente a propósito de España y de su obra en América. El señor Casariego dice que es sencillamente intolerable que «venga a decirle cuál es la majestad de España». Invítole a reflexionar sobre mis esfuerzos en defensa de aquella obra para que enfríe su majestuosa indignación. Porque parece necesario repetir, con la modestia del caso, que pertenezco al grupo de escritores hispanoamericanos que ha tomado a pecho la revisión de los valores históricos en favor de España. No recuerdo si los términos de la dedicatoria de un ejemplar de alguno de mis libros al señor Casariego fueron «encomiásticos», pero sí recuerdo que se lo envié a raíz de leer un volumen suyo sobre el carlismo. A ese grupo de defensores de la verdad en la historia del nacimiento de las naciones americanas perteneció

también, siendo uno de los miembros más notables, mi primo hermano Caracciolo Parra-León, profesor de la Universidad de Caracas, con quien el señor Casariego, que a ninguno de los dos ha leído, me confunde, honrosamente para mí, y cuya muerte, a la edad de treinta y ocho años, es una de las recientes pérdidas más graves y dolorosas de la alta literatura y del humanismo en Hispanoamérica. Nunca tuvo España en nuestros países amigo mejor documentado que aquel joven, eximio por mil títulos, de quien pudo decirse que fué de la madera de Menéndez Pelayo.

Decía que el señor Casariego quiere revisar muchas cosas. Teoriza también sobre temas delicados. Precisa entenderse, ante todo, en lo que expresan los vocablos, y, para nuestro caso, especialmente acerca del significado que se dé al vocablo Hispanidad. Nada más fácil, creo. Por Hispanidad debe tenerse el movimiento que conduce a los Estados de lengua española a preservar en común, dentro de la realidad actual, cuanto les es común, porque viene de la tradición y forma el ideario y los principios morales de dichos Estados. Así, la Hispanidad reposa sobre la firme base de un hecho histórico incontrovertible, como es la constitución de una comunidad de naciones libres y soberanas, sinceramente dispuestas hoy a explotar juntas el enorme y fecundo tesoro que juntas heredaron y apartar de su camino cuanto el irremediable pasado pudo dejar entre ellas de resquemor y de rencores. La «revisión» que consiste esencialmente en vilipendiar el más grande de los americanos y en alzar sobre el pavés a un bárbaro cuyas víctimas inocentes se cuentan por millares equivale a cultivar la «Guerra civil» entre España y América. Tal obra es antihispánica. Lo demás es simple logomaquia.

Sin contar con que hacer de Bolívar un enemigo de la Hispanidad es majadería anacrónica.

Y ¿qué sabe, por último, exactamente, el señor Casariego de las ideas políticas de Bolívar? ¿Ha leído acaso sus proyectos de Constitución, sus discursos de Angostura, Chuquisaca y Ocaña, su prodigioso epistolario? No es de creerse, a juzgar por las cuatro frases sumarias con que supone definir uno de los personajes más complejos de la historia universal, un personaje a quien es imposible medir con otra escala que la de César o Napoleón. Bolívar fué lo que fué, y su papel histórico está determinado hace tiempo. Cuan-

do el señor Mussolini hizo a mi humildísima persona el honor de contestar el discurso por el cual se entregó a la ciudad de Roma, en nombre de seis naciones americanas, la estatua del Libertador, dijo las siguientes palabras, que deben leerse en su admirable lengua:

«Puro eroe, animato da una energia indomable e tal volta spitata, che ricorda aquella dei primi conquistatorio della sua siessa nobile stirpe; egli concorse, con un òpera veramente rivoluzionaria perchè profondamente creatrice a gettare le basi dellódierna America Latina.

Con animo e genio di Condottiero Conduse i suoiuomini oltre vette ritenuti inviolabili; non schiavo di sette né di idcologie, assurse alla conzecioni dello Stato unitario poggiato sulle grandi forze della nazione liberando le energie sopite della sua razza.

Dal quadro infranto in cui da tanto tempo si adagiava l'America fiorinono i nuovi Stati.

Inmortale é la sua opera. Gli Stati da lui cretai oprtano nel loro grembo dovizia di rechezze e sicure promesse di futuro. E nel suo nome riecheggia quelleideale di solidarietá che egli sognava fra «i figli dell èmidfero di Colombo».

L'Italia, che agli Stati dell'America latina é unita da tanti ed infrangibili vincoli storici, sociail ed econontici, a lui oggi s'inchina, cosi come rievoca gl eroi della propia storia, nei quali vede esempi e fonti di vita.»

II

El general Bermúdez de Castro habla de paradojas en este asunto. En efecto ,hay algunas. La primera y más extraña e imprevista es que él y el señor Casariego, al personificar a España en un sujeto de la calaña de Boves, vengan a apoyar una de las tesis de los inventores y defensores de la «leyenda negra». Por mi parte, a riesgo de que se me diga tozudo, impertinente y entrometido, continuaré gritando que la leyenda es leyenda y que Boves no es España. He dicho que es comprensible el interés que éste despierte como militar, pero lo es menos ,o no lo es en absoluto, que se preten-

da hacer de él un símbolo de la Patria y de la Hispanidad. Renuncio a explicármelo. Boves no es héroe en la acepción noble y única de la palabra. No es un paladín desconocido, sino un bandolero conocido, un aventurero sin Dios y sin Ley, que, después de usurpar la autoridad de los funcionarios reales, anegó en sangre a Venezuela, destruyó cuanto pudo y realizó en forma espantosa la guerra social. Es inútil detallar lo que fueron en mi país los años de Boves, los *años terribles.*

En la acción de Urica, las fuerzas republicanas estaban mandadas por José Félix Ribas, primo de Bolívar y uno de sus mejores tenientes, y por José Francisco Bermúdez de Castro, cumanés a quien llamaban *El Pueblo*, porque imponía sus personales voluntades diciendo: *El pueblo manda.* He allí otra paradoja: un Bermúdez de Castro libró de Boves a la tierra y otro Bermúdez de Castro trata de resucitar al monstruo. El Bermúdez venezolano espera una monografía. Gigante épico e irascible, que carga siempre a la cabeza de sus tropas y deja por doquiera la huella de su nervudo brazo. Si Páez es el hombre de lanza, Bermúdez es el hombre del sable. Lleva en el alma la rebeldía. Tiene la magnífica presunción de los conquistadores y el coraje impertérrito de su raza española. Lanza a sus enemigos, en la refriega, invectivas homéricas, y cuéntase que ellos ábrenle libre campo cuando, a punto de agobiarle, vocéales imperativo: « ¡*Paso, que soy Bermúdez*! » Cerveris asesinó a su hermano Bernardo con horrendo refinamiento; juró Bermúdez venganza, y pocas veces viósela más inhumana. Cerveris fué el Mina de aquel *Tigre del Maestrazgo.* Interesantes páginas podría escribir el general Bermúdez de Castro —lo digo sin ironía— sobre su tocayo insurgente, matador de la fiera bovina.

Pero el adversario más temible que el asturiano halló del otro lado de la barricada fué su paisano Vicente Campo Elías, natural de Ronda, cuyo nombre aparece por incidencia en la pluma del señor Casariego. La lucha entre aquellos dos españoles fué implacable y ofreció variadas alternativas. Para comenzar, Campo Elías aplasta a Boves en Mosquitero y acuchilla su hueste hasta el último soldado, pues es también aquél de los que no dan cuartel a militares ni civiles; Boves escapa a duras penas; mas, rehecho y con doble ejército, despedaza el de su rival en el sitio de La Puerta, y va a atacar a Ribas en la plaza fuerte de La Victoria; reculan los

estudiantes que Ribas ha lanzado a la pelea, cuando aparece Campo Elías, y su solo nombre, «*proclamado como un grito de guerra por las filas, sobrecoge a sus contrarios de profundo terror*». Es el desquite de La Puerta; la caballería de Boves huye hacia los Llanos. El rondeño cayó mortalmente herido en las líneas de San Mateo, baluarte en que Bolívar resistió durante treinta días los impetuosos asaltos de un enemigo más fuerte, más hábil, más audaz que nunca. A su lado murió el coronel Villapol, otro oficial peninsular que se batía por la independencia y que era, según Baralt, *tipo perfecto del carácter español en toda su belleza.* Ya Boves doblegaba a su contrario por la superioridad del número cuando el neo granadino Ricaurte se hizo saltar con el parque de municiones y la columna realista que de él iba a apoderarse; la fiera, herida, abandonó la partida, y debió, sin duda, decirse luego que bien valía una derrota la muerte de Campo Elías.

Como Bermúdez, Campo Elías aguarda un biógrafo. ¡Cuántas veces oí en mi niñez a ancianas parientas memorar la hazaña del *Indomable* y defender candorosamente a aquel mi terrible tío abuelo del cargo muy fundado que se le hace de haber sido, si valiente cual ninguno, cruel en exceso con sus propios compatriotas! Difícil tarea será la de narrar la vida esforzada del torvo andaluz y de penetrar el secreto de su alma despiadada.

¡Ah! No fué, ciertamente, la guerra de Venezuela guerra de sacristanes. Nadie piensa en borrar de la historia la declaración de Trujillo ni en pintar la lucha como de ángeles y demonios. Pero el señor Casariego ha abierto polémica sobre ese tema y no faltarán escritores americanos que le demuestren, con hechos espeluznantes, que Bolívar no «inició» la guerra a muerte. Le enseñarán que aquél era oficial subalterno o estaba ausente del país cuando, por 1812, Antoñanzas, en cuya partida andaba ya Boves desde la toma de Calabozo, empezó las matanzas en esta ciudad y en Villa de Cura; cuando Cerveris arrojó en los calabozos, encadenadas y desnudas, a las personas más respetables; cuando Zulazola se dedicó en Oriente a matar criollos y a clavar sus orejas en las puertas de las casas. ¿Desea el señor Casariego testimonios de autores, de autores que parecen hechos especialmente para él?. Que lea las «Memorias» de Heredia, monárquico hasta los tuétanos, decano de la Real Hacienda y jefe político de Cumaná por el Rey, enemigo, acer-

go censor de los independientes y en especial de Bolívar; que lea los informes de la Audiencia y sus protestas contra la usurpación de Monteverde y las fechorías de sus satélites. Cuando haya leído eso, nada más que eso, podrá decir el señor Casariego quién provocó e «inició» la guerra sin cuartel en Venezuela.

Al citar en mi carta cierta frase de Juan Vicente González no pretendí «apabullar» al señor Casariego con la autoridad en historia del gran escritor, que poca tiene. González es uno de los literatos más notables de América y el primer polemista de Venezuela. (El segundo es, mi opinión, José Domingo Díaz, realista, autor de los «Recuerdos» sobre la revolución de Caracas). El «Manual de Historia Universal», que considero casi perfecto como texto didáctico, es una obra en que la extraordinaria memoria de Juan Vicente pone a contribución, olvidando sólo las comillas, a Louis Blanc, Michelet, Chateeubriand y otros Lamartines. La «Biografía de José Félix Ribas» es de muy escaso valor como historia y muy apreciable modelo de prosa castellana. En alguna ocasión me atreví a impedir que se tradujeran al francés, como muestra de literatura histórica venezolana, páginas de este autor, porque me pareció inconveniente servir a los franceses platos recalentados. Pierde, pues, su tiempo, señor Casariego, si cree «apabullarme» con Juan Vicente González, cuyo mérito aprecio y sé buscar dónde lo tiene. En cuanto a Lino Duarte Level, es un buen cronista de cuestiones militares, pero no historiador propiamente dicho. Sería cosa de nunca acabar si emprendiésemos la crítica del gran escritor y del buen cronista. Vamos al grano: son irrecusables los testigos oculares que presento al señor Casariego en esta materia de «iniciación» de la guerra sin cuartel. Hace poco publiqué una «Historia de la Primera República de Venezuela», en cuyo último capítulo se encontrarán referencias suficientes para aclarar el punto. Reproduzco algunas, para el lector que tenga prisa.

Baralt dice que con los degüellos e incendios perpetrados en los llanos de Guárico, durante los primeros meses de 1812, por las bandas de Eusebio Antoñanzas (en las cuales, como se ha dicho, «inicióse» Boves), comenzaron la horrible celebridad de su nombre (de Antoñanzas) y la serie no interrumpida de atrocidades que mancharon después la guerra entre los dos partidos. Pero, tomemos el hilo del proceso. Vencido el Gobierno independiente en ju-

lio del año citado, y desarmado su ejército, usurpó Monteverde la autoridad forzó al capitán general Miyares a marcharse y, según escribe Level de Goda, «*puso una estacada de sargentos en toda la orilla del mar; el sargento Mármol, en la Guaira; el sargento Antoñanzas, en Cumaná; el sargento La Hoz, en Barcelona, y el sargento Martínez, en Margarita; fuera de innumerables sargentos en los innumerables puestos subalternos. La milicia española se convirtió en una sargentería*». Debo decir, antes de pasar adelante, que Fernández de la Hoz no está en su puesto entre aquellos bribones. El oidor Vilchez escribía al ministro español de Gracia y Justicia: «*Allí no se conoce más autoridad ni más ley que la libre voluntad de don Domingo Monteverde. En mi isla —decía a su vez Pascual Martínez— no hay más Audiencia, ni más capitán general, ni más Fernando VII que mi voluntad*». Y Cerveris: «*No hay más señor, que un Gobierno militar: pasar todos estos pícaros (criollos) por las armas; yo le aseguro a V. S. que ninguno de los que caigan en mis manos se escapará. Todo Gobierno político debe separarse inmediatamente, pues no debemos estar ni por Regencia, ni por Cortes, ni por Constituciones, sino por nuestra seguridad y el exterminio de tanto insurgente y bandido*». El jefe, Monteverde, resumía: *La indulgencia de un delito.* Caracas y otras ciudades que se han rebelado deben ser tratadas por *la ley de la conquista. Es la arbitrariedad absoluta,* observaba el fiscal don José Costa Gali, futuro miembro de la Real Audiencia de Madrid. Y Heredia, que comprobaba por su parte aquella brutal situación de hecho, agrega que también más tarde Boves *y los demás bandoleros* que se decían realistas *eran insurgentes de otra especie,* pues negaban obediencia a los jefes nombrados por la autoridad regular española.

Fueron, pues, los sargentos de Monteverde quienes *iniciaron* la guerra a muerte. Urquinaona, otro funcionario real que dejó Memorias publicadas repetidas veces, dice que Cerveris, trasladado a la Guaira, a Cumaná, resolvió *acabar con los vecinos* de esta última ciudad, e hizo famoso el totumo Yaguaraparo, al que ataba a aquellos para azotarlos. Los vecinos que escaparon a su furia refugiáronse en los bosques. Extendióse el terror por todo el territorio venezolano. Un cura realista de Trujillo decía a Heredia que *ni con turcos habrían sufrido tanto aquellos infelices pueblos,* y el magistrado concluía que era *natural que hasta las piedras se levantasen*

contra el nombre español. La tiranía tomó carácter anónimo: *Solicítase quien puso preso a ese individuo,* contestaba Monteverde a quejas que le merecían alguna atención. *Peor que entre los cafres,* opinaba Gali. *Yo no sé* —escribía Level del Goda al secretario de Estado y de Ultramar—, *yo no sé si a V. E. le faltará para leer el ánimo que a mí me falta para describir lo que aconteció en Aragua, esas muertes, ese degüello, esas orejas...* Los que quedaron vivos se refugiaron en el pueblo de Maturín e hicieron allí el juramento saguntiano, sacando *de la naturaleza y sus leyes irresistibles aquella fuerza sobrehumana que ampara y guarece la propia conservación: No querían morir, ni ser desollados, ni perder las orejas y se batieron con desesperación hasta rechazar el ataque.* Level se refiere allí a los crímenes de Zuazola después de los combates de los Magüeyes y de Aragua. Fusilados los prisioneros, llamó el sargento con melosas palabras a los vecinos que habían huido aterrorizados: los que volvieron, hombres, mujeres y niños, fueron desorejados o desollados vivos. Baralt describe: «*A quiénes hacía quitar el cutis de los pies y caminar sobre cascos de vidrios o guijarros; a quiénes hacía mutilar de uno o dos miembros o de las facciones del rostro, haciendo mofa después de su fealdad; a quiénes mandaba coser espalda con espalda. No siempre eran unos mismos los suplicios: variábalos y combinábalos de mil maneras, para procurarse el fruto de la novedad... Sucedió entonces que un niño de doce años se le presentó ofreciendo su vida por salvar la de su padre. Hízoles matar entrambos, antes al hijo*». Supongo que el señor Casariego no recusará el testimonio de Level de Goda, fiscal del Rey, ni la descripción de Rafael María Baralt, sucesor de Donoso Cortés en la Real Academia Española.

Los magistrados regulares españoles trataban en vano de poner coto a aquella sangrienta locura. ¿Sabe el señor Casariego, que quisiera impedirme invocar la majestad de España, como he defendido yo a su Patria, que él trata de identifcar con un criminal peor que los arriba nombrados? Que juzgue el lector entre él y yo: al narrar estos atroces sucesos dije, entre otras cosas: «*Más tarde, Baralt escribía impropiamente que Venezuela volvió en aquellos días al Estado-colonia. No; el Estado colonial no fué nunca el reinado del despotismo. En la época de Monteverde la tradición de la Colonia se encarna en la Real Audiencia, que protesta contra la tiranía, ordena*

la libertad de los presos, cesa los decretos de la autoridad usurpadora. Heredia, Vilchez, Uzelay, Gali, con su integridad y valerosa actitud, salvan entonces del oprobio en nombre español».

III

El resultado de todo aquello fué la reacción de los perseguidos, la resurrección de la República, cuya bandera levantaron Bolívar y Mariño. Recuérdense las palabras del primero en su manifiesto de Cartagena: «*¿Qué esperanzas nos quedan de salud? La guerra, la guerra sola puede salvarnos por la senda del honor*».

Y volvió la guerra, inexplicable esta vez. Y Antoñanzas, a Cerveris, a Zuazola, a Tizcar, a Yáñez, a Boves, a Morales, a cuantos ya jefes o aun subalternos habían *iniciado* la matanza, a todos los que Arístides Rojas, historiógrafo venezolano conocido por su amor a la *sublime España*, llama *expósitos de la historia*, porque, *sin familia y sin Patria, ni hay nación que los reclame, ni sociedad que los defienda*, a todos respondió Bolívar con la declaración de Trujillo, que nadie aprueba, que nadie puede aprobar, pero que se tiene el deber de explicar. La cronología no miente, y jamás podrá alterarla el señor Casariego con sus flacas citas y su información que, le repito, es insuficiente, como tampoco podrá suprimir la culpabilidad de un hombre invocando piezas de archivo referente a su infancia o juventud.

Lo que fué la lucha de 1813 a diciembre de 1814, mes de la muerte de Boves, ya lo sabemos. Level de Goda, en informe al Rey, fecha 4 de noviembre de 1815, dice que cuando Morillo llegó a Venezuela la halló «*sin enemigos, porque casi todos habían muerto a manos de Boves y Morales, dos caudillos aparecidos súbitamente, y el resto se hallaba refugiado en las Antillas extranjeras. Entre éstos, matados a millaradas, lo fueron igualmente innumerables, a millaradas también, que sin parte alguna en la revolución estaban meramente pasivos en sus casas trabajando para cubrir sus exigencias naturales, pero criollo e insurgente se tenían por sinónimos... No encontró Morillo ni aun mujeres y muchachos pertenecientes a los reputados enemigos...*»

Ni siquiera puede asegurarse que fué Bolívar quien, el primero entre los independientes, *decretó* la guerra a muerte. La iniciativa correspondió de ese lado, a Antonio Nicolás Briceño, prócer por su inteligencia y vasta cultura en política, derecho y humanidades, pero que mereció el nombre de *Diablo* por su endiablado carácter y violentísimas pasiones. Imitando la operación aritmética inventada en la Península por Espoz y Mina, en la lucha contra los franceses, Briceño imaginó en Cartagena de Indias un reglamento de eganche con espantosas condiciones. Al llegar Bolívar a Cúcuta, por marzo de 1813 y comenzar la campaña admirable, sometióle Briceño sus planes recibiendo de aquél como respuesta que no debía fusilarse sino a los enemigos que se encontraren con las armas en la mano. De San Cristóbal envió luego Briceño a Bolívar alguna cabeza de realista; y como el primero ordenase inmediatamente juzgar en Consejo de guerra al célebre energúmeno, escapó éste a Barines, donde después de un combate cayó en manos de Antonio Tízar, sargento de Monteverde, quien le fusiló. Pero Tízcar aprovechó la ocasión para matar gran número de barineses, absolutamente inermes e inocentes, que ya en una orden fecha 3 de mayo declaraba que *sus tropas no darían cuartel ni a los rendidos.* De todo lo cual tuvo noticias Bolívar a su entrada a Mérida. En Trujillo conoció los crímenes cometidos en las provincias orientales y fué entonces cuando publicó su proclama.

Con la declaración trató tal vez Bolívar de equilibrar, por decirlo así, las condiciones de la guerra, porque estimara imposible permitir que las bandas enemigas continuaran exterminando la mejor parte de la nación venezolana. En realidad, el *decreto* de Trujillo fué un error funesto y agravó la situación en lugar de mejorarla. Sea lo que fuere, en los primeros tiempos aplicósele con atención. La presencia misma de ochocientos prisioneros en Caracas y La Guaira demuestra que no siempre se procedía a ejecuciones inmediatas. Cuando Bolívar ordenó la de aquéllos, la capital estaba amenazada y en sus inmediaciones un siniestro bandido nombrado Rosete, que de pulpero se había hecho jefe de partida, asesinaba multitud de gente indefensa, muchas de las cuales se habían acogido al templo. «*Rosete* —el primero—dice todavía Baralt— *violó el recinto sagrado, pues sus tropas, después de haber robado y saqueado el pueblo (de Ocumara) derribaron a hachazos*

las puertas de la iglesia y regaron con la sangre de algunos ancianos el coro, la nave principal y el ara misma de los altares, luego, sacándolos en las puntas de las lanzas, esparcieron por las calles y caminos sus cuerpos mutilados». Por las víctimas de Rosete y de tantos otros, pagaron los infelices prisioneros de Caracas y La Guaira. Pero Bolívar no había vacilado, meses antes, en proponer a Monteverde el canje del monstruo Zuazola en persona, caído en sus manos por el coronel Diego Jalón, oficial peninsular que había abrazado la causa de la Independencia y estaba prisionero en Puerto Cabello: Monteverde rehusó y Bolívar ahorcó a Zuazola. Urquinaona comenta: «*La Divina Providencia no ha permitido por más tiempo la existencia de esos monstruos que se alimentaron con sangre humana. Zuazola murió ahorcado extramuros de Puerto Cabello, a la vista de Monteverde y de sus parciales, que muy bien pudieron salvarle, aceptando el canje de prisioneros que fué propuesto por los emisarios de Bolívar en agosto de* 1813». Nótense las fechas: dos meses apenas después de la declaración de Trujillo, Bolívar proponía canje de prisioneros. Y sépase que sus emisarios fueron dos españoles de España, enemigos de la República, el padre García Ortigosa y don Francisco González de Linares, quienes luego publicaron un manifiesto contra la conducta de *Monteverde y sus secuaces.*

Probable es, por otra parte, que aquella ocasión, con Caracas en peligro y sin fuerzas bastantes, Bolívar recordara cómo los prisioneros que con muchos miramientos guardaba en 1812, cuando mandaba la fortaleza de Puerto Cabello, se habían sublevado contra él mismo y apoderádose de aquélla.

De todos modos, no seré yo quien trate de justificar la horrenda ejecución. Mi propósito fué sólo demostrar al señor Casariego que la *iniciativa* de tales atrocidades no pertenecen a Bolívar.

En frases cinceladas años más tarde, el libertador sintetiza a aquellos tiempos: «*No ha sido la época de la República que he presidido una tempestad política, ni una guerra sangrienta, ni una anarquía: ha sido sí, la inundación de un torrente infernal que ha sumergido la tierra de Venezuela: Un hombre ¡y un hombre como yo!, ¿qué diques podría oponer al ímpetu de esas devastaciones?*» Y en sus últimos días, cuando se dispone a dejar el mundo, pero no quiere que le echen de su patria, es quizá porque tiene fijo el

pensamiento en los años formidables de 13 y 14, que dice con angustia de gravedad: «*Me siento morir; mi plazo se cumple: Dios me llama. Tengo que prepararme a darle cuenta, y una cuenta terrible, como ha sido la agitación de mi vida, y quiero exhalar el último suspiro en los brazos de mis antiguos compañeros, rodeado de sacerdotes cristianos de mi país y con el Crucifijo en las manos: no me iré*».

Bolívar y Morillo se vieron en Santa Ana de Trujillo en 1820, y ambos colocaron con sus propias manos la primera piedra del monumento que debía conmemorar su encuentro. Entonces quedó sellada la reconciliación moral de españoles y venezolanos, sepultándose bajo aquella piedra los horrores de la guerra. En 1911 el Rey de España envió como su representante y embajador a las ceremonias del centenario de la independencia de Venezuela a don Aníbal Morillo Pérez, conde Cartagena y marqués de La Puerta. Y la nación y el Gobierno venezolanos recibieron con inusitada y espontánea cordialidad al nieto del general Morillo, que ostentaba títulos recordatorios de dos victorias de las armas reales. El conde de Cartagena decíame más tarde en París, que su emoción había sido tal al verse alzado en hombros por el pueblo de Caracas, que no hallará otro modo de corresponder a aquel entusiasmo sino arrancarse la placa de Isabel la Católica, que había llevado su glorioso abuelo y entregarla, en prenda fraternal y en nombre de España, a la aclamante multitud. Y es que Morillo, no obstante la dureza que, por desgracia, caracterizó la tremenda querella y que arrastró al cadalso a hombres insignes como Caldas y Camilo Torres, salvó siempre, como lo hicieran Cagigal y Latorre y tantos otros jefes y oficiales del ejército regular, ese algo grande e inmarcesible que ellos sí podían personificar: el honor español.

Dice la crónica gloriosa de mi pueblo que en plena batalla de Carabobo, reñida entre Bolívar y Latorre, el llanero Páez mandó detener las cargas de sus lanceros y pidió al coronel Tomás García, jefe del batallón Valencey, veinte minutos de tregua para rendir armas a un oficial español que acababa de caer a su frente batiéndose con insuperable bravura. Consintió García y vióse entonces a españoles y venezolanos inclinar juntos sus banderas y saludar con la espada el cadáver de un verdadero héroe. Luego, luego siguió la pelea. No fué la victoria de las tropas del Rey, pero el ba-

tallón Valencey cubrió la retirada oponiendo inquebrantada resistencia al embate de la primera caballería de América. *Que los bravos se salven,* dijo Páez al ordenar que se suspendiera la persecución.

Señor Casariego: Así rinde armas Venezuela al Ejército español.

C. PARRA-PEREZ

Madrid, 25 de enero de 1941.

SEGUNDA REPLICA DEL SEÑOR CASARIEGO

Madrid, 1 de febrero de 1941
Señor don C. Parra-Pérez
Plaza

Muy señor mío: Veo con satisfacción que arría usted las velas de agresividad personal con las que contra mí navegaba en su primera carta. Reconoce usted que las frases de su anterior eran «acres», aunque trata de disculparlas con mis supuestos «palos de ciego». He de advertirle que yo nunca doy «palos de ciego», porque, a Dios gracias, tengo muy buena vista para dar los palos donde deben darse y donde, a veces, se acusa el golpe. Veo también que ha cambiado de parecer respecto a mi persona. Primero fuí, en la dedicatoria de sus libros, un «ilustre escritor»; luego, un escritor «atolondrado», que llenaba cuartillas a impulsos de «el duro oficio de cada día», basándome en «información insuficiente», y que era, escribiendo, tal como un «elefante que irrumpe en un almacén de porcelanas». Ahora resulta que soy un escritor que «merece homenaje». ¡Vaya por Dios! Ya es algo.

En su segundo escrito, titulado no sé si irónicamente «De la guerra a muerte», me recuerda usted —no puedo remediarlo— a un famoso parlamentario español que en sus rectificaciones construía toda una serie de razonamientos para atribuírselos a su adversario y darse luego el gusto de rebatirlos brillantemente.

Con insistencia repite usted que yo provoqué esta polémica. Yo, señor mío, me limité a publicar un modesto artículo de contenido histórico y doctrinal, sin acordarme del señor Parra-Pérez. Y poco después dió usted publicidad a su desorbitada carta, que, aunque decía que era particular, la envió usted a distintas personalidades

españolas e hispanoamericanas, a la Prensa hispanoamericana e hizo una edición en multicopista.

Voy, pues, a responderle siguiendo el mismo orden de su carta.

Nunca hablé yo de la ortografía de la palabra Bobes, o Boves, lo cual no dejaría de ser una *bobada*. Ese apellido, asturianísimo, está bien claro en la fe de bautismo de su propietario (parroquia de San Isidoro, de Oviedo, año de 1782, folio 26, vuelta). allí figura como hijo legítimo de Manuel Rodríguez de Bobes y de Manuela de la Iglesia con el nombre de Tomás, nacido el 18 de septiembre de 1782 (1).

Siguiendo esa argumentación cuenta usted que cuando quieren asustar a uno le dicen que es más malo que Bobes, y usa el ejemplo de Ricardo Corazón de León, cuyo nombre se emplea como expresión de maldad y de terror en Siria y Egipto. Aumentando el acervo de esos conocimientos pintorescos, le diré que hasta hace poco ocurría lo mismo con el nombre del duque de Alba en Flandes y con los de Drake y Napoleón en algunos lugares de España, lo cual sólo quiere decir que Ricardo Corazón de León, Alba, Napoleón y Drake eran unos guerreros que infundían temor y odio para sus enemigos.

Luego le da a usted por el folklore, y me transmite una coplilla que nada dice, pues de ella puede deducirse, incluso, que Bobes y Morales eran igualmente admirados por los llaneros venezolanos, que, como usted sabe muy bien, fueron los más valientes y feroces soldados de ambos caudillos, como lo fueron más tarde del general Páez. A cuenta de sus lanzas indígenas hay que poner bastantes de los caídos que, desgraciadamente, perecieron en aquella crudelísima contienda.

Insiste usted luego en sus insultos contra el mariscal Bobes. Pero este es un punto al que dedico el apéndice que acompaño a esta carta.

Que usted pertenece al benemérito grupo de escritores que defienden la verdad de España en América durante el período imperial (quede proscripto para siempre de nosotros esa fea palabra de «coloniaje», que España jamás empleó y cuyo concepto, muy posterior, no existió nunca, puesto que las provincias de América eran eso: provincias de igual consideración jurídica que las de

(1) Esta fe de bautismo plantea algunas cuestiones a las que dedico un apéndice.

Castilla) es cosa que ya sabíamos todos, y, aunque usted no lo crea, lo sabía yo también, ya que leí casi todos sus libros, y últimamente «El régimen español en Venezuela», al que he citado con elogio en algunos de mis artículos.

El concepto de la Hispanidad es cosa tan sabida que no hay por qué definirla de nuevo, y en ese aspecto tengo yo publicados libros y artículos que fijan de sobra mi posición. No merece la pena insistir en ello.

Que quiero revisar la Historia, es verdad; y le diré, además, que ésta es una tarea muy necesaria, aunque usted, ahora, sostenga lo contrario. Lo que en realidad ocurre es que había una Historia hecha a la medida de sus gustos personales, escrita con toda la pasión de la guerra civil, y que, por desgracia, prevaleció, como prevaleció en España la escrita por los liberales contra los carlistas. Eso era muy cómodo para usted. Es natural, por lo tanto, que usted se resista a esa revisión. Usted propugna, en la página 263 de su «El régimen español en Venezuela», la revisión de la historia de la conquista de América. ¿Por qué no revisar también la de la emancipación? ¿O es que fué redactada por hombres infalibles y con textos intocables?

No deja de ser curiosa su salida respecto a la autoridad de los autores que yo cito en mi carta. Ahora resulta que Juan Vicente González y Lino Duarte Level carecen de solvencia histórica. ¡Por Dios, señor Parra Pérez! ¿A que ahora resulta que el que tiene solvencia es el hispanófobo Larrazabal y los otros cronistas de la época que tantas cosas falsas y desagradables nos dicen? Cita usted a Barlat. Yo puedo citarle a Torrente, y a Sevilla, y a Rodríguez Villa, y a otros muchos que dicen lo contrario. Así es que estamos en paz.

Incurre usted en error al decir que el Regente Heredia, a quien de paso mencionaba en mi carta, es un autor especialmente hecho para la defensa de mi tesis. Parece que tampoco le conoce usted bien. Heredia era un ecléctico de esos que abundan en las situaciones confusas; desmoralizó a los realistas sin atreverse a declararse por los republicanos, y fué padre consentido del «poeta más separatista del parnaso americano», como dijo recientemente un historiador español.

Yo estoy lleno de amor y de admiración por esa tierra de Venezuela, bella en su paisaje y espejo de la nuestra en sus habitantes, y antes me cortaría las manos que herir con mi pluma ninguno de sus grandes valores fundamentales, que, además, son los míos por español.

En el artículo sobre Bolívar, publicado en la revista «Fotos» no se vilipendia la memoria de aquel espléndido ejemplar de la raza que puso su talento y su infatigable voluntad al servicio de una causa, que, con todos los respetos y consideraciones, pueden enjuiciarse históricamente, que ha sido enjuiciado ya y que lo está siendo actualmente por privilegiadas inteligencias hispanoamericanas. Repase usted ese artículo, señor Parra Pérez, en un momento de lucidez y se convencerá de lo que le digo. Alejandro, César, Carlomagno, Carlos I, Felipe II, Napoleón, Bismarck... Todos cuantos personajes pertenezcan a la Historia pueden ser enjuiciados, y lo son todos los días en libros y trabajos, sin que los aficionados a estudios históricos de sus países respectivos se dediquen al deporte de escribirles cartas molestas a los enjuiciadores.

Bolívar, romántico, liberal y discípulo del sistema roussoniano, destruyó la unidad imperial hispánica, y fué incapaz, totalmente incapaz, de sustituirla por otra fórmula de unidad. El mismo reconoció que había *arado en el mar*. De él que no mías, son estas frases que hizo publicar en un periódico de Quito, que ya recordaba en mi artículo, pero que, con tacto, había dejado incompletas. Mas ahora me voy a dar el gusto de recordárselas íntegras:

«*La independencia es el único bien que hemos conquistado a costa de todos los demás... Los que han servido la revolución han arado en el mar... En América no hay buena fe en los pueblos ni en los individuos; los tratados son papeles; las Constituciones, libros; las elecciones, combates; la libertad, anarquía, y la vida, un tormento... Estos países caerán indefectiblemente en manos de la multitud desenfrenada para pasar después a la de tiranuelos casi imperceptibles, de todos los colores y razas, devorados por todos los crímenes y extinguidos por la ferocidad... Si fuera posible que una parte del mundo volviera al caos primitivo, este sería el último período de América...*».

¡Vive Dios que nadie fué tan duro con la obra boliviana como el propio don Simón! No; no participo yo en tan sombría visión

de la América española, que únicamente el despecho provocó en Bolívar.

Coincidiendo con este criterio del Libertador, el eximio historiador americano don Lucas Alamán, pudo afirmar en 1847, en su notabilísima y monumental «Historia de Méjico»: «*Todo el inmenso Continente hoy en caos de confusión, desórdenes y miseria, se movía entonces* (época imperial) *con uniformidad, sin violencias, podría decirse que sin esfuerzo, y marchaba en órden progresivo hacia mejoras continuas y sustanciales*». Verdades aun más fuertes en ese sentido dice en nuestros días el ilustre nicaragüense Pablo Antonio Cuadra y la brillante pléyade de jóvenes intelectuales que le siguen.

Yo, por mi parte, he de añadirle, en pura especulación histórica, sin la menor intención de referirme a una realidad soberana que acato y sinceramente reconozco como única realidad de punto de partida actual, que así como Europa goza de una vida relativamente equilibrada porque su desarrollo histórico fué podría decirse que normalmente concadenada: antigüedad clásica, espiritualismo medieval, edad moderna con encrucijadas y época contemporánea, resumen en cierto modo de las anteriores, la América española pasó de la nebulosidad prehistórica y de las indias civilizaciones estáticas, al Imperio Católico Hispano, que fué su Edad Media, y de ésta, en salto brusco improvisado y desconcertante, a la época contemporánea con sus perturbaciones y sus audacias. Bolívar fué un romántico, un equivocado, un utópico, que vivió fuera de lo real, cuyo fracaso histórico es de los más estrepitosos que registran los anales de la humanidad. El mismo lo reconoció cuando poco antes de morir, precisamente en casa de un español peninsular, cuya raza había querido exterminar, dijo aquello, sacrílego, de que había habido tres grandes majaderos en la Historia: Jesucristo, don Quijote y él.

En cuanto a que yo no conozco las ideas de Bolívar... Las ideas de Bolívar, su proyecto de Constitución y sus discursos de Angostura, Chuquisaca y Ocaña, sus cartas, papeles, entrevistas, conversaciones, detalles íntimos de su vida, etc., pueden adquirirse en cualquier librería, y yo, en mi biblioteca particular, tengo más de cien volúmenes referentes a ello. Usted califica de prodigiosas esas cartas de Bolívar, como si no existieran en el mundo escritos más

fundamentales, merecedoras de tan hiperbólico adjetivo. Y añade usted que Bolívar es uno de los personajes más complejos de la Historia. No crea usted en ese mito de las cosas complejas, mi señor Parra Pérez. Desde Mahoma a Carlos Marx las ideas de los hombres famosos pueden reducirse a un simplísimo esquema. ¿O es que acaso para ser mahometano o antimahometano, marxista o antimarxista y luchar hasta morir por el Islam o por la revolución social, hay que conocer en todo su aparato científico las doctrinas islámicas o las contenidas en «El Capital» o el «Manifiesto»? Recuerde usted, si la conoce, la anécdota histórica del cajón de Darwin. Puedo decirle que sí, que conozco las ideas de Bolívar, y que si como general fué derrotado en más de una ocasión, como estadista, cuando llegó la hora de dejar de destruir para crear, fué completamente incapaz de realizar nada prácticamente constructivo y perdurable. La gran Colombia duró un soplo, y su Libertador y creador murió siendo tan poco querido de sus compatriotas y correligionarios, que la noticia de su muerte fué transmitida al Gobierno por el gobernador de la provincia de Maracaibo, Juan Antonio Gómez, en un parte bien conocido y publicado, que no resisto la tentación de transcribirle.

Véalo usted: «*Anoche ha llegado a esta ciudad el capitán inglés Pil Rition... Trae, por noticias, la confirmación de la muerte del general Bolívar en la villa de Soledad, provincia de Cartagena... Un acontecimiento de tanta magnitud y que debe producir bienes innumerables a la causa de la libertad y al bien de los pueblos, es el que me apresuro a comunicar al Gobierno por conducto de V. E. ... Bolívar, el genio del mal, la tea de la discordia, o mejor diré: el opresor de su Patria, ya dejó de existir y de promover males que refluían siempre sobre sus conciudadanos. Su muerte, que en otras circunstancias y en tiempo del engaño pudo causar el luto y la pesadumbre de los colombianos, será hoy, sin duda, el más poderoso motivo de regocijo, porque de ello dimana la paz y en advenimiento de todos. ¡Qué desengaño tan funesto para sus partidarios y qué lección tan impresiva a los ojos de todo el mundo, el ver y conocer la protección que por medio de este suceso nos ha prestado el Supremo Hacedor! Me congratulo con V. E. por tan plausible noticia...*».

En vida de Bolívar se presentó al Congreso independiente un documento acusándole de haber sumido al país en la ruina. Decía así un párrafo de este documento: «*La sangre de tantos venezolanos, la orfandad de tantos niños y las lágrimas de tantas viudas, piden el castigo de este aturdido joven*». Claro está que en aquel caso el aturdido joven tuvo un castigo: el que le dieron los lanceros americanos de Bobes, obligándole a huir apresuramente en una lancha en busca de la protección y el apoyo de la bandera de Inglaterra, vieja amiga de todos los enemigos de España y de lo genuinamente hispano.

Como usted ve, para demostrar mi disconformidad con la significación histórica de Bolívar, puede apoyarse en textos americanos, y, desde luego, como me han dado una educación de caballero, puedo expresar esta disconformidad con toda corrección de lenguaje, y ni por mientes se me ocurre decir de Bolívar que fué «un desestor» o «un traidor», porque siendo oficial de las Milicias Reales, faltase a sus juramentos de lealtad al Rey; ni un «atroz bandolero» por las requisas violentas de dinero y bienes que realizó en Caracas y en otras poblaciones, o por los actos de pillaje, inevitables en toda guerra, que cometieran sus soldados, ni tampoco «asesino» o «fiera bovina» porque ordenase el fusilamiento en masa de españoles indefensos, dando lugar a escenas tan espeluznantes como las que describe Juan Vicente González y yo le recuerdo a usted en mi primera carta. Queden esos adjetivos para usted cuando enjuicie al militar español coronel Bobes.

Las crueldades y matanzas de Bobes y de Bolívar de realistas y de republicanos, que por igual nos alcanzan a unos y a otros, debemos lamentarlas ambos y recordarlas tan solo como una pesadilla agobiante. Pero de eso a que la Historia y la realidad se traduzcan en que se levanten estatuas a Bolívar, mientras que en las escuelas de allá se enseña a los niños que Bobes fué un monstruo a quien se calumnia con los más viles delitos, hay un abismo. Yo no quiero vilipendiar a Bolívar, ¡Dios me libre! Pero quiero hacer justicia a Bobes. ¿Está claro? Aunque soy mucho más joven que usted —acabo de cumplir veintisiete años— y, por lo tanto, debiera ser menos reflexivo, le ofrezco esta actitud de postura razonable y sensata.

Ni yo ni nadie pretende hacer de Bobes «un símbolo de la Patria y de la Hispanidad». Como creo que es un profundo error el intentar hacer de Bolívar un símbolo de América y de la Hispanidad. Patrias y conceptos tan grandes no deben simbolizarse en un hombre, y yo, modestamente, sólo pido para Bobes la justicia reivindicatoria, a la que todo ser humano tiene derecho.

Su parcialidad contra Bobes brilla muy claramente en este detalle: usted justifica y habla en su segunda carta con respetuosa admiración del rondeño Campo-Elías y del artillero Villapol, peninsulares que peleaban contra España y cuya crueldad (la del primero al menos) reconoce sin que le merezca el calificativo de «facineroso», «bandolero» ni aun «desertor». ¿A qué se debe ese distinto y contradictoria punto de vista? Todos los lectores sacarán esta consecuencia: a que Bobes luchaba por el Imperio y Campo-Elías por la independencia. Ahí está el secreto de su oposición a Bobes y a los que peleaban con eficacia, y no como Ceballos, Cagigal y Latorre.

Pretende usted demostrar que la guerra a muerte no fué iniciada por los independientes. Desde luego puedo decirle que ninguna autoridad del Rey dejó a la Historia documentos públicos y solemnes como el manifiesto de Briceño o la declaración de Trujillo. Además, no crea usted que es tarea fácil probar quién empezó. En un combate, se lo digo por experiencia, es muy difícil saber qué soldado disparó el primer tiro. Pero sí, en este caso, es muy fácil averiguar quiénes turbaron la paz y el orden secular de Costa Firme, encendiendo la guerra civil con dineros y apoyos de la masonería y de Inglaterra (¡vuelta a Inglaterra!). No olvide usted que ya en el siglo XVIII el emigrado (tampoco quiero llamarle «ex-capitán desertor y traidor del regimiento de Aragón, desagradecido a Carlos IV que lo hizo hombre después de que le habían despreciado los criollos). Miranda, planeó la turbación de ese orden en un extraño contubernio de jesuítas exclaustrados, masones y revolucionarios. Lo que vino después fueron consecuencias naturales, y las crueldades, frutos lamentabilísimos, pero irremediables, en las guerras civiles de esta raza grande —suya y mía— de temperamento ardiente y violentísimas pasiones, máxime allí donde en muchos cuerpos bullían dos sangres altaneras y belicosas: la española y la india.

Por último, le ruego que lea y medite sobre el apéndice que va a continuación y sobre esto que voy a decirle ahora mismo.

Bobes era real y jurídicamente un oficial superior de nuestro Ejército, que murió en el campo de batalla defendiendo la unidad del Imperio, no un «expósito de la Historia», como usted recoge en su carta. Sepa usted que después de su muerte un organismo tan alto y tan respetable como nuestro Consejo Supremo de Guerra y Marina abrió un expediente sobre su persona y su obra. Y el fallo, tras la rigurosa inquisición depuradora de costumbre, fué totalmente favorable al glorioso caído de América, al que ascendió a mariscal de campo, transmitiendo pensión y honores a su madre, doña Manuela de la Iglesia. La condición de militar regular, y el honor del mariscal de campo, excelentísimo señor don José Tomás Bobes y de la Iglesia, constituyen para los españoles, y sobre todo para los españoles que ceñimos espada y calzamos espuelas, un pleito definitiva e irrevocablemente fallado por nuestro más alto organismo castrense.

Puede estarse conforme o no con Bobes; elogiársele o combatírsele. Su actuación pertenece a la Historia y puede ser enjuiciada todo lo dura y rigurosamente que se quiera; pero, aquí en España al menos, y supongo que en todos los países civilizados, siempre dentro del terreno de la mínima educación usual entre caballeros, o si usted prefiere, con la mínima educación de los hombres que escriben Historia, sin incurrir en bajos y deleznables insultos personales, oprobiosos para su memoria.

En esa misma carta le advertía prudente y lealmente que el camino seguido por usted en este aspecto de la cuestión no era ni el más discreto ni el menos peligroso. Y ahora se lo repito con toda seriedad. Sépalo bien, señor Parra-Pérez: los adjetivos «MALHECHOR», «LADRON», «DESERTOR», «CONTRABANDISTA», «ASESINO», «ATROZ BANDOLERO», «FACINEROSO», «PRO-BOBO», llamar al enemigo que le mató «MATADOR DE LA FIERA BOVINA», etc., aplicados al mariscal español excelentísimo señor don José Tomás Bobes y de la Iglesia, debe usted, de ahora en adelante, de abstenerse de escribirlas para el público.

Usted reconoce rotundamente, como no podía menos de ocurrir, la grandeza militar del Coronel Bobes; es decir, la grandeza *histórica* de este personaje como representante de una causa y de

unos valores cuya defensa se le habían encomendado. Bobes entra, pues, de lleno en el tipo del *hombre histórico*. Con este solo hecho da usted toda razón a mi deseo de que su figura se exalte y se coloque en el plano *histórico* que legítimamente le corresponde. Es inadmisible, dentro de la crítica histórica, eso de querar despachar a Bobes poniéndole de vulgarísimo bandolero. Terreno más firme pisaría usted si pretendiesa exaltar la figura de Bolívar por encima de la de Bobes, fijando como punto de apoyo el triunfo de la empresa boliviana. Pero ni aun así le serían posible, con un poco de rigor y seriedad científica, destruir esta argumentación que a continuación le formulo y que le expreso de una manera terminantemente afirmativa: los grandes hombres de la Historia no han sido muchas veces congruentes en la magnitud de la obra realizada y el volumen de su personalidad; muy al contrario, hombres mediocres, pero a los cuales las circunstancias históricas les fueron muy favorables, han llevado a cabo empresas ingentes; y de otro modo, personalidades de talla superior han fracasado en sus intentos históricos y han quedado tan intrascendentes, en este aspecto, como los más insignificantes individuos. Para ellos se ha creado lo que se llama teratología de la Historia. Si usted quiere que dialoguemos sobre esto, yo no tengo ningún inconveniente. Quizás, en ese caso, el manojo de nuestras cartas pudiera tener algún interés para el futuro.

En cuanto a las alusiones irónicas que usted dedica a mi anciano y respetable general don Luis Bermúdez de Castro, a él le paso su escrito para que le conteste.

Le repito lo que en mi última carta le decía: «Esta carta va dirigida al señor Parra-Pérez, caballero particular y «aficionado a estudios históricos; que conste esto bien».

Le saludo atentamente y quedo para todo a su disposición.

J. E. CASARIEGO

(El Sr. Parra-Pérez no contestó a esta carta y apéndice que la acompañaba, quedando así cerrada la polémica que él había iniciado).

APENDICES

APENDICE I

(Anexo a la segunda carta de J. E. Casariego, en 1941)

LA FIGURA CALUMNIADA Y TREMENDA DEL MARISCAL BOBES

DE CUAL ERA LA VERDADERA PERSONALIDAD DEL VENCEDOR DE BOLIVAR Y NECESIDAD DE REVISAR LA HISTORIA DE NUESTRAS GUERRAS EN AMERICA

La historia de la disolución del Imperio español comprende, en su tristeza, una de las páginas más recias y grandiosas de la milicia hispánica. Fijaos bien que escribo *hispánica*, porque así comprendo igualmente a los dos ejércitos: el realista y el independiente, que combatieron en aquella tristísima guerra fratricida. No es exacto hablar de «españoles» y de «americanos». Jamás pelearon unos contra otros estimulados por esa diferencia puramente accidental y geográfica. Españoles de nacimiento lucharon contra la unidad del Imperio, y americanos de raza, indios y mestizos, lo defendieron con todo coraje guerrero. Fueron, pues, las guerras secesionistas de América una gigantesca lucha civil que se prolongó lustros sobre toda la inmensidad de las tierras hispánicas, un ingente episodio histórico, rico en enseñanzas de doctrina militar y sangrienta muestra de cualidades castrenses, que casi me atrevo a decir que no ceden, en magnitud épica, a las jornadas inmarcesibles del descubrimiento y la conquista.

El tiempo ha superado hace ya muchos años tal disputa. Pero la pasión humana de aquellos días ha dejado huellas de injusticia

histórica, que es conveniente revisar (no con ánimo de polémica, sino, por el contrario, de aclaración y buena voluntad), para que sobre ella descanse el bloque de la hermandad hispánica.

San Martín, Bolívar, Sucre, Belgrano, Iturbide, O'Higgins, los grandes capitanes y personajes de la etapa emancipadora, son estudiados en sus profundas dimensiones heroicas y humanas por las juventudes peninsulares, como Morillo, Pezuela. Quintanilla, Aristébolo y Bobes lo deben ser por las juventudes americanas. Hijos de su tiempo, presos en las circunstancias de su momento histórico, sirvieron y batallaron unos y otros con las buenas y malas cualidades de su estirpe y de su ambiente. Si fueron valientes, fueron también crueles. Enamorados de un ideal, sacrificáronlo todo por él. Sus hechos pertenecen a la Historia, y no con la moral y el sentimiento de las cosas privadas hay que enjuiciarlos ,sino con la moral y el sentimiento de la Historia.

EL CASO DE BOBES

Hay entre ellos un tipo de excepcional interés, en el doble aspecto humano y militar: el coronel de Caballería don José Tomás Bobes y de la Iglesia, caído en la batalla de Urica y ascendido después de su muerte a mariscal de campo. Fué Bobes un magnífico tipo hispánico de bien plantada reciura militar, como otros tantos generales-guerrilleros de la raza, llenos de genio y de cualidades épicas, que en días de terribles crisis para España supieron suplir, con su genialidad, su visión y su capacidad organizadora a un Estado incapaz y desorganizado.

En la coyuntura más angustiosa de nuestra Historia contemporánea, cuando el Imperio Católico-Hispano se despedazaba, aparece la figura de Bobes, que abandona la oscuridad de una vida vulgar y honrada para convertirse en flagelador tremendo de los enemigos del Imperio.

En las guerras secesionistas de Costa Firme, surgió en el momento de mayor postración para las armas imperiales; creó ejércitos de la nada, y con un valor y una actividad insuperables, arrolló cuantos obstáculos se le opusieron y restableció las banderas del Rey sobre toda la tierra reconquistada. Fué comandante gene-

ral del Real Ejército de Barlovento, vivió una de las guerras más feroces y crueles de que hay memoria, y su nombre y su obra quedaron aureolados de un sangriento reflejo.

Con ningún hombre como con él fué la Historia injusta y apasionada hasta lo inexplicable. Las crueldades más inauditas, los crímenes más repugnantes, los delitos más viles, le fueron imputados. De una manera zafia y grosera se ha querido deformar su personalidad. Pero la hora de la justicia ha sonado. La moderna crítica histórica, al examinar el período en que vivió, va a dar a cada uno lo suyo, y la figura del mariscal de campo excelentísimo señor don José Tomás Bobes y de la Iglesia ocupará —¡pues no faltaba más!— el único y alto puesto que le corresponde, al lado de los grandes capitanes de las armas hispánicas.

Las calumnias que se han escrito sobre la vida y la obra de Bobes son fáciles de refutar, demostrando documental y lógicamente, de manera rotunda e indiscutible, su falsedad. Algo de eso ha hecho ya el ilustre publicista e historiador militar mi general don Luis Bermúdez de Castro, director del Museo del Ejército español.

DATOS BIOGRAFICOS

Nació Bobes en Oviedo en 1782, hijo de un hidalgo pobre y de una mujer de condición plebeya, pero de grandes virtudes y tenacísima constancia. Huérfano a los cinco años ,pasó con su madre y hermanas a Gijón. La familia era paupérrima y vivía del trabajo de la viuda, empeñada en sacar adelante a sus hijuelos. Logra la madre recomendaciones y protecciones, gracias a las cuales el niño Bobes puede ingresar en el Real Instituto Asturiano, fundado hacía poco por Jovellanos. Allí cursa estudios generales y náutica. Obtiene la licencia de piloto. Con la posesión de ese título, ingresa en la Real Armada. Pasa después a la Marina mercante y hace la carrera de Indias y navega entre Costa Firme y las Antillas como capitán mercante de la importante razón comercial española Pla y Portal, que pone a su cargo el bergantín «Ligero». Después trata de probar fortuna en el comercio, y tras varios intentos, se establece en la ciudad de Calabozo con un almacén y trata de ganados. Durante todo ese tiempo escribe frecuentemente a su madre cartas

cariñosas y se preocupa de enviarle, por conducto de los barcos de Pla y Portal, dinero y obsequios. Sus cartas, que se conservan, están escritas con soltura y correctísima letra, y demuestran en su autor una educación y un temperamento cultivados.

SURGE EL CAUDILLO

No existe ningún antecedente de que Bobes se mezclase en política, aunque es verosímil que al ser invadida España por los napoleónicos formase parte de algunas de las Juntas locales que, tanto en la hispanidad americana como en la peninsular, se constituyeron para guardar y defender los derechos del Rey legítimo y la independencia e integridad del Imperio. Pero cuando estallan las guerras secesionistas, una partida revolucionaria ocupa la población de Calabozo, y su jefe, un tal Escalona, ordena detener a Bobes. Este se resiste, y es necesaria una lucha titánica para poder atarlo. Así, atado. Escalona le abofetea y le insulta, y después da orden de que incendien su almacén. Pero Bebes logra la libertad, y espantosamente ultrajado y arruinado, jura venganza y huye a los llanos, donde, debido a su comercio ganadero, a sus hercúleas fuerzas y a su asombroso valor, gozaba de gran prestigio entre los indios y los «pardos». Allí organiza unas partidas, que pronto se convierten en escuadrones. Nada se resiste al empuje de sus lanceros. Las autoridades legítimas le nombras capitán. La guerra es a muerte y sin cuartel. Bobes lo arrolla todo y organiza columnas mixtas de Infantería y Caballería. Las matanzas en uno y otro bandos se suceden con escalofriante ferocidad. No hay piedad ni perdón. «*Españoles y canarios, contad con la muerte, aun siendo indiferentes*», proclamaba Bolívar, el generalísimo de los independientes. «*A los insurgentes hay que matarlos, dándoles sólo tiempo para decir un Credo*», le responde Bobes. «*El fin de esta guerra es destruir la raza maldita de españoles europeos*», dice Briceño, destacadísimo jefe independiente, en un manifiesto a los suyos. Miles de españoles, incluso los enfermos y los heridos de los hospitales, son fusilados por Arizmendi en cumplimiento de órdenes superiores. «*Hoy se ha decapitado a los españoles que estaban enfermos en hospitales, último resto de los comprendidos en la orden*

de S. E.», dice en su parte número 126, del 18 de febrero de 1814, el coronel Palacios a Bolívar. A la ferocidad, Bobes responde con la ferocidad misma. Al frente de sus lanceros, es un Gengis-Khan, flagelo de la revolución, y charcos de sangre y montones de ceniza de pueblos incendiados quedan detrás de su Caballería victoriosa.

La guerra es bárbara, como hecha por una raza de sangre caliente y cabeza irreflexiva. Los hispanos de la Península y de América son hermanos, tienen la misma mentalidad. Están cegados por el odio y se despedazan unos a otros como fieras hambrientas. La guerra de Costa Firme es un episodio más de la larga cadena de horripilantes contiendas que ensombrecen la Historia universal.

Pero Bobes excede a sus enemigos en capacidad de mando, en cualidades de táctico y en visión de estratega. Y de victoria en victoria, derrotando a los ejércitos de la revolución, entra triunfalmente en Caracas. Es ya jefe del ejército de Barlovento, fuerte de 20.000 hombres, y la Corona ,lejos de las terribles realidades de aquella contienda crudelísima, le dice que sea moderado, y le envía el Real despacho de coronel de Caballería.

Bobes cayó como correspondía a su estilo: de un bote de lanza, cuando revolvía su caballo, corcel de mil victorias, en la célebre batalla de Urica (1), en la que, como el Cid, vence después de muerto. Antes de morir había prestado un gran servicio a la ciencia española, recuperando y disponiendo que se enviase a España el tesoro de la colección de plantas del ilustre botánico don Celestino Mutis, que los revolucionarios habían vendido a Inglaterra. (¡Siempre Inglaterra al lado de la ruina de España!).

La figura de Bobes, de grandeza histórica indudable, fué objeto de una leyenda negra, al igual que aquí en la Península lo fué el general carlista don Ramón Cabrera.

De manera casi telegráfica, llanamente, voy a refutar algunos de los cargos que una historia apasionada y rencorosa le ha venido haciendo, pues ya es hora que resplandezca la verdad, que, como dijo con frase lapidaria un jurista de la Roma antigua, «*es la única justicia estricta*».

---

(1) Véase el Apéndice V, en la página 101.

LA LEYENDA DEL NOMBRE Y DEL ORIGEN

PRIMERO.—Muchos historiadores que se inspiran en los «*se dice*» y propagandas americanas de la época dicen que Bobes no se llamaba Bobes o Boves (la ortografía no importa) sino José Tomás Rodríguez, y que aquel apellido tuvo el siguiente origen novelesco: José Tomás era un criminal condenado a presidio; una familia asturiana llamada Jove le protegió y le salvó, y él, agradecido, adoptó el apellido, que, al ser mal pronunciado por los indios llaneros, se convirtió de Jove en Boves. Esta fantástica versión, o, mejor dicho, este cuento, lo estamparon en sus libros Larrazábal, Juan Vicente González, el irlandés O'Leary, entre los más famosos historiadores de la época; Ulloa, Mancini ¡y hasta André! entre los actuales, y, con ellos, cuantos les han seguido al historiar ese período. Lo único cierto de todo esto es la existencia entonces en Costa Firme de una familia Jove, amiga de Bobes; y hay que tener en cuenta que el apellido Jove era frecuente en Gijón y fue el del ilustrísimo Jovellanos cuyo nombre completo era D. Melchor Gaspar Baltasar Jove Llanos y Jove Ramírez de Miranda. Había y hay también un arrabal de Gijón nombrado Jove, toponímico romano. Un Jove de Venezuela era el encargado de enviar a la madre de Bobes los obsequios de éste por medio de los barcos de Pla y Paral a la Coruña. Por esto se verá que las relaciones de Bobes con los Pla y Portal eran normales, lo que no hubiese sido posible si Bobes hubiese actuado de pirata o hecho contrabando con los buques de esa firma. Pero de esto paso a ocuparme a continuación.

REFUTACION.—En el libro de registro de la parroquia de San Isidoro, de Oviedo, correspondiente al año 1782, folio 26, vuelta, hay un acta, debidamente firmada y sellada, que da cuenta del bautizo del niño Thomás, hijo de Manuel Rodríguez de Bobes y de Manuela de la Iglesia. Luego, en todos sus documentos personales de marino y de comerciante, firma y le llaman Bobes (1).

SEGUNDO.—Bobes, o Rodríguez, era «*de origen oscuro y sin ninguna educación; este espíritu maligno llegó, cuando joven, como proscripto, al mismo suelo donde había de llevar más tarde el espanto y la desolación. Por corto tiempo se ocupó en el servicio*

(1) Véase Apéndice II, en la página 91.

doméstico; *luego pasó a ejercer el contrabando...*», dice el irlandés O'Leary, y con él, los historiadores que le siguen.

REFUTACION.—No era de origen oscuro, pues su padre era hidalgo español. No podía tener espíritu maligno innato quien escribía cartas como las suyas a su familia, llenas de ternura; falso lo de «ninguna educación», pues tenía la licencia de piloto y había estudiado en un centro modelo, como el Real Instituto Asturiano. Más tarde, en el expediente del Consejo Supremo de Guerra y Marina, declaró el profesor de dicho Centro don Diego Cayón, el cual dijo: «*Conocí a Boves con ocasión de prepararlo para piloto, de cuyos estudios salió con las mejores notas, a satisfacción de todos sus profesores por su aplicación y talento, habiendo asistido a la cátedra con toda puntualidad y buena conducta*». Además, en las cartas y escritos que se conservan de su puño y letra, se advierte gran soltura, conocimientos y costumbres de escribir frecuentemente. Quien era piloto y oficial desde su primera juventud, y más tarde comerciante y propietario, no iba a ser doméstico o criado. Consta también, de modo fehaciente, en su expediente póstumo para el ascenso, que «*Bobes, durante la campaña, estudiaba a caballo, llevando en las alforjas los reglamentos de tropa de línea y de tropa ligera*».

NO PIRATA, SINO MARINO HONRADO

TERCERO.—«*En los años* 1808-1809 *ejerció la piratería y fué condenado al presidio de Puerto Cobello por una sentencia que le declaraba ladrón del mar. Al llegar al punto de su condena, varios españoles* (*los Joves*) *se interesaron a favor del joven asturiano, y le fué conmutado el presidio por mera confinación a la ciudad de Calabozo*», escribe el historiador Larrazábal, y con él todos los que le toman por fuerte.

REFUTACION.—Cuando se acusa ante la Historia al jefe de un ejército de cargos tan graves, y el acusador es, además biógrafo del enemigo arrollado por el acusado, tiene la obligación de aducir pruebas irrecusables, exponiéndose, si no lo hace, a que la posteridad le desprecie por calumniador. Ni Larrazábal ni nadie ha podido aportar un solo indicio de prueba. Además, esta otra fantasía está trazada muy poco hábilmente.

A) Porque de 1808 hay documentos que demuestran que Bobes mandaba el bergantín de comercio «Ligero», de la importante sociedad española «Pla y Portal». Si en su cargo de capitán de ese buque hubiese sido destituído y procesado por pirata, (insisto en lo que acabo de decir) algún vestigio documental quedaría en los papeles del Ministerio de Marina, de la casa «Pla y Portal» o de la Audiencia de Caracas, que estos últimos bien hubiesen sido agitados por sus enemigos, entre ellos el propio Regente de la Audiencia, señor Heredia, el cual, por su cargo, pudo haber buscado y publicado en sus «Memorias» tales antecedentes judiciales en caso de existir. Heredia se limita a decir que realizó «manejos en un barco corsario». Este término ambiguo, de ser cierto, constituiría un timbre más de gloria para el valiente astur. Ser corsario, ejercer el corso, era una de las maneras más arriesgadas de servir a la Patria, destruyendo el poder marítimo de Inglaterra, su eterna enemiga. Corsario y pirata son cosas completamente distintas. El corso era una actividad que se hacía con patente real; equivalía a lo que hoy hacen los llamados cruceros auxiliares. El corsario era un marino del Rey; sometido en todo a las leyes de la guerra en la mar. Piratería era una actividad fuera de la ley, contraria a la sociedad y al honor de la guerra. Pero, por desgracia para los que tratamos de reivindicar su memoria, Bobes no fué corsario, y sirvió todo el tiempo como piloto y capitán. Además, en 1814, Bobes continuaba teniendo relaciones con la compañía «Pla y Portal», por cuyos buques enviaba regalos a su madre No era verosímil que si hubiese sido expulsado de la compañía por pirata conservase esas relaciones.

B) Cualquiera que tenga una remota idea de las leyes penales y de la represión de la piratería en 1808 —«Novísima Recopilación»— sabe bien que el capitán de un buque condenado por pirata era ahorcado irremisiblemente. «El pirata incurre en la pena de muerte al primer robo que hubiera», rezaba la ley. Y todos sabemos que en la práctica esta terrible sentencia se cumplía siempre. Pero, aun admitiendo que de una manera excepcional se le hubiese indultado y pasado a presidio, no iba a ser puesto en libertad por la simple gestión de un tal Jove, y mucho menos desterrado a Calabozo, que en aquella época era una de las más importantes ciudades del país, con unos 5.000 habitantes (cálculo del

francés Depons) y toda clase de comodidades. Pero, aun admitiendo esto, tenemos que la sentencia por piratería era infamante; esto es, llevaba lo que ahora se llama interdicción civil, y, por tanto, nadie que estuviera en tal situación podría abrir tienda y dedicarse libre y públicamente al comercio. Otro argumento: un pirata, un contrabandista, obra siempre con ánimo de lucro. Bobes no tenía ningún amor al dinero, como reconocen hasta su más encarnizados enemigos. Cuando fué Jefe del Real Ejército de Barlovento tuvo a su disposición todos los tesoros públicos y privados de Costa Firme, y, sin embargo, murió tan pobre, que sólo pudo dejarle a su novia o prometida (¿Inés Corrales?) trescientos pesos que le debía un amigo.

NO REBELDE, SINO DEFENSOR DEL IMPERIO

CUARTO.—Bobes era un rebelde, un facineroso, que actuaba por su cuenta, dicen todos sus enemigos. El gobierno del Rey le desautorizó por su actuación.

REFUTACION.—Cuando Bobes empezó a operar como jefe de un Cuerpo de Ejército no había autoridades estables en Costa Firme. El general en jefe era Cagígal, tipo representativo del militar burocrático, valiente, pero sin energías ni talento; buen funcionario para una época normal, pero inadecuado para aquellas circunstancias, como lo prueba el hecho de que los insurgentes lo derrotasen en todas partes, terminando por acorralarlo en Puerto Cabello. A Ceballos, el otro general español, también le aislaron, obligándole a sostenerse defensivamente en Coro. Mientras tanto, Bobes organiza su Ejército, que llega a contar con 20.000 hombres, y vence en todas partes. Es el único representante del Rey que actúa libremente en Costa Firme y se comunica directamente con el Gobierno de Madrid. El Arzobispo, horrorizada su natural bondad por las ferocidades de la guerra, pone algunos reparos a su manera de actuar, del mismo modo que se los pone a los republicar con lo cual, en realidad, lo que hacía era desautorizar al únic· fensor del Poder real. Ante la ineptitud de Cagígal y esta p· del buen Arzobispo, Bobes escribe a Madrid con su franca de hombre de armas y de realidades, quejándose de ambc

que, para defender la justa causa, Cagigal era valiente, pero tonto, y el Arzobispo, listo, pero cobarde. Cuando Bobes toma el desquite de las derrotas de Cagígal, le escribe a éste un altivo parte, en el que dice: «*He recobrado las armas, las municiones y el honor de las banderas españolas que V. E. perdió en Carabobo*». No es precisamente este lenguaje de un rebelde a la causa de España. Así consta en su expediente militar.

Se dice también que Bobes rechazó el despacho del coronel que Cagígal le envió, contestando: «*Yo también hago coroneles*». Esta es una anécdota viejísima que se atribuye del mismo modo y casi todos nuestros guerrilleros de las guerras napoléonicas y carlistas, y con todo lujo de detalles a Mina y al Empecinado. Pero, en fin, de lo que sostienen los difamadores de Bobes en este aspecto concreto, se deducen dos cosas, ambas desfavorables para su punto de vista. Primera, que Cagígal, a quien ellos, por contraste, elogian y exaltan, daba su conformidad a la actuación de Bobes; y segunda, en el caso de que sea cierto la devolución del despacho (que no lo es), Bobes hizo lo que debía, aunque poco respetuoso en la forma, pues los Virreyes y Capitanes generales en América sólo estaban autorizados para conceder ascensos hasta el grado de capitán, que es el que legalmente tenía Bobes entonces: Capitán de Caballería. El título de comandante no era un grado jerárquico, sino un empleo de mando de tropas, de comando. Por eso Bobes se denominaba «Comandante general del Real Ejército de Barlovento». El despacho de coronel tenía que venir del Gobierno de Madrid, que, por cierto, se lo envió a Boves con estas encomiásticas frases: «*Enaltezco su esforzado valor, sus gloriosos triunfos y sus grandes servicios, que el Rey quiere premiar con toda munificencia*», dice el expediente póstumo. Más tarde, el Consejo Supremo de Guerra y Marina aprobó su acción militar y le ascendió a mariscal de campo. Por su parte, Francisco de Montalvo, Virrey de Nueva Granada, reconoce sus grandes servicios, y en el informe que sobre el estado del país dejó a su sucesor, dice: «*El general Cagígal estaba al frente de los negocios de la Capitanía General, y aunque enemistado con Bobes, ya había yo logrado cortar las desavenencias públicas, reduciendo al primero a entrar en su deber, según documentos que conservo en mi poder, entre ellos los dos oficios originales del mismo Bobes, concebidos en los términos más respetuosos*» ... «*No*

me detendré en la serie de las hazañas de Bobes, y sólo diré que no durmió sobre sus laureles, sino que, animado de la gloria adquirida, se dió prisa a completar con el curso de sus victorias la destrucción de los rebeldes».

Mal podía, además, Bobes ni soñar tan siquiera con rebelarse contra España y declararse independiente, a lo López de Aguirre, puesto que durante todo el tiempo de su mando sostuvo constante correspondencia con el Gobierno de la Península, y algunos de sus comunicados oficiales están publicados en la «Gaceta de Madrid». Y como ocurre que, cuando muchos miemten, no puede haber acuerdo entre los mentirosos, y las mentiras se contradicen unas con otras, uno de los cargos que le hacen varios historiadores es el de que Bobes hizo una guerra social y separatista, para proclamar por su cuenta la independencia de Costa Firme. En cambio, otros le acusan de que su satánico plan era destruir a todos los criollos para traer nuevos colonos de Galicia y Asturias. Comparando unas mentiras con otras, resulta que todas se vienen al suelo.

Otra prueba de que esa rebeldía no existió, la da el citado Heredia en sus «Memorias», pues reconoce que, si bien Bobes tuvo roces con Cagígal, obedeció siempre al Gobierno de Madrid.

Como se ve, ni Bobes fué rebelde a la legítima autoridad del Rey ni pretendió declarar la independencia ni ninguna de las elucubraciones por el estilo que le han atribuído.

EL POR QUE DE LAS CRUELDADES

QUINTO.—Bobes fué un monstruo de crueldad, un ser apocalíptico que supera a Nerón, a Atila, a Tarmelán, a Robespiere. Cuanto de cruel y de feroz puede tener un ser humano, a él le ha sido atribuído por una historia adversa.

REFUTACION.—Es cierto que Bobes fué cruel, puesto que, ordenó que la guerra fuese total, sin restricciones, como se dice ahora. Sostenía que el enemigo había que aniquilarlo. Y de ese modo llevó por doquier el espanto y la muerte; pero ¿por qué hizo esto? Voy a ocuparme de ello esquemáticamente.

a) Bobes fué arruinado y tremendamente ultrajado por los insurgentes, que le abofetearon, atado, e incendieron sus bienes,

convirtiendo al hombre pacífico en un ser agitado por la humillación y la idea de venganza.

b) Desde el estricto punto de vista jurídico y político de la época, los independientes eran unos rebeldes contra el Poder legítimo, que perturbaron el orden centenario que existía en Costa Firme, asolando al país con sus medidas revolucionarias. El citado y nada sospechoso Heredia dice de Bobes en sus «Memorias»: «*Era cruel por instinto y a sangre fría, aunque en su modo de tratar a los insurgentes no hizo más que seguir francamente y con descaro los principios del nuevo derecho de gentes que otros le habían enseñado... Fué sobrio, desinteresado, hasta el extremo de no tener con qué vestirse; poseía también, como por instinto, el arte de la guerra, y la hizo con incansable actividad y el mayor acierto en sus combinaciones*».

c) De cómo era la crueldad y la barbarie de sus enemigos, con la que tuvo que enfrentarse Bobes, son buena prueba los siguientes textos:

El 16 de enero de 1813, cuando aún Bobes no era comandante general del Ejército de Barlovento, uno de los jefes republicanos, D. Antonio Nicolás Briceño, hombre de procedencia universitaria y cultura política, publicó el siguiente manifiesto:

«*Como esta guerra se dirige en su primero y principal fin a destruir en Venezuela la raza maldita de los españoles europeos, en que van incluso los isleños (canarios), quedan, por consiguiente, excluídos de ser admitidos en la expedición, por patriotas y buenos que parezcan, puesto que no debe quedar ni uno vivo... Se considera ser un mérito suficiente para ser premiado y obtener grados en el Ejército el presentar un número de cabezas de españoles*: SERA ASCENDIDO A ALFEREZ VIVO Y EFECTIVO EL QUE PRESENTARE VEINTE CABEZAS; A TENIENTE TREINTA; EL QUE CINCUENTA A CAPITAN». (El subrayado es mío). ¿Para qué comentarlo?.

Por su parte, Bolívar, desde su cuartel general de Mérida, lanzó una proclama el 8 de julio de 1813, que decía:

«*Sí, americanos; los odiosos y crueles españoles han introducido la desolación en medio de los inocentes y pacíficos pueblos del hemisferio colombiano, porque la guerra y la muerte que justamente merecen les han hecho abandonar su país nativo, que no han sabido conservar y han perdido con ignominia. Tránsfugas y*

errantes, como los enemigos del Dios salvador, se ven arrojados de todas partes y perseguidos por todos los hombres. La Europa los expulsa y la América los rechaza; porque sus vicios en ambos mundos los han cargado de la execración de la especie humana. Todas las partes del globo están teñidas de sangre inocente que han hecho derramar los feroces españoles; como todas ellas están manchadas con los crímenes que han cometido, no por amor a la gloria, sino en busca del metal infame, que es su dios soberano».

Gran torpeza demostró en estos párrafos Bolívar. Pues él era español de raza. Al insultar así al pueblo de España se estaba insultando a sí mismo. Es como el que escupe al cielo para que la saliva le caiga en la cara.

Y no se crea que este delirio de Bolívar fué una cosa de excitación momentánea. Siete años después, en 1820, insistía en esas atrocidades. En ese año, al entablarse conversaciones entre independientes y realistas, el gobernador de Cartagena le indicó la conveniencia de llegar a una tregua, enviando los sublevados diputados a las Cortes de Madrid para que allí expusiesen sus reclamaciones y puntos de vista. A este tardío remedio pudo haber contestado amable o seriamente, pero... Leed las palabras de su respuesta:

«*Es el colmo de la demencia, y aun más, de lo ridículo, proponer a la República de Colombia su sumisión a la España; a una nación siempre detestablemente gobernada; a una nación que es el ludibrio de la Europa y la execración de la América por sus primeras degollaciones y por sus posteriores atrocidades. ¡Cómo! ¿Podríamos olvidar centenares de victorias obtenidas contra las armas españolas? ¿Podríamos olvidar nuestra gloria, nuestros derechos y el heroísmo de nuestros soldados? ¿Cree vuestra señoría, señor gobernador, que la vieja y corrompida España puede gobernar aún el Nuevo Mundo? ¿Cree vuestra señoría que el Gobierno de esa nación, que ha dado el ejemplo más terrible de cuanto puede ser absurdo el espíritu humano, logre formar la dicha de una sola aldea del universo?* Diga vuestra señoría a su Rey y a su nación, *señor gobernador, que el pueblo de Colombia está resuelto, POR NO SUFRIR LA MANCHA DE SER ESPAÑOL, A COMBATIR POR SIGLOS Y SIGLOS CONTRA LOS PENINSULARES, CONTRA TODOS LOS HOMBRES Y AUN CONTRA LOS INFORMANTES, SI ESTOS TOMAN PARTE EN LA CAUSA DE ESPAÑA».*

Los historiadores venezolanos Rafael M.ª Baralt y Ramón Díaz, en el tomo I de su «Resúmen de la Historia de Venezuela», dicen: «*Bobes llegó al frente de Valencia* (de Venezuela) *el día* 19 (mayo de 1814) *y su primer paso fué ofrecer una capitulación a los defensores de la plaza*». Es decir, que Bobes ofrecía capitulaciones a las plazas enemigas antes de combatirlas. Y en otro párrafo del mismo tomo y libro, se lee: «*Boves, ambicioso de suyo, y enseñado con el ejemplo de Monteverde, se apoderó del mando, y disponiendo como jefe absoluto, ordenó que Morales con una fuerte división picase a Bolívar la retaguardia, y él mismo le siguió el* 26, *después de haber nombrado por gobernador de Valencia al oficial español don Luis Dato, y de Caracas al traidor don Juan Nepomuceno Quero. Sus actos más notables en los diez días que permaneció en la capital, fueron dos indultos que hizo publicar en* 18 *y* 26 *de julio y una orden que circuló en* 25 *a todos los justicias mayores de los pueblos para que, por sí solos y sin la intervención de ningún tribunal superior, mandasen fusilar a cuantos hubiesen tenido parte en la muerte de los españoles prisioneros. Por de contado semejante comisión, dada a hombres ofendidos y por lo común ignorantes, debió producir y produjo en efecto terribles e injustas represalias*». Ahí se reconoce que Bobes concedía indultos generales y fusilaba a los probados asesinos de «españoles indefensos» que mandaba ejecutar Bolívar. No era, pues, tan siniestra la figura de Bobes, que también ofrecía capitulaciones y daba indultos. Pero eso no se tiene en cuenta a la hora de juzgarle para la Historia.

El historiador don Mariano Torrente dice en su «Historia de la Revolución hispanoamericana»: «*Uno de los rasgos más feroces que caracterizan aquella rebelión fué el infernal convite que dió el sedicioso Ribas* (*primo de Bolívar*), *en su casa de Caracas, a veinticinco individuos de su partido; uno de los brindis ofrecido por el doctor don Vicente Tejera fué el votar cada concurrente la muerte de uno de los detendos por opinión: el resultado de este tenebroso conciliábulo fué la decapitación inmediata de treinta y seis realistas en la plaza de la Catedral*».

De las crueldades de Arizmendi ha pintado el sombrío cuadro la pluma del venezolano Juan Vicente González, y exceden a todo lo imaginable; pero quiero recordar ahora este caso que cita ese mismo autor: a Arizmendi no le bastaba con dictar sentencias de

muerte, pues madrugaba para asistir a las ejecuciones fumando y riendo. En una ocasión se puso un banquillo más de los que hacían falta para los ajusticiados del día, y Arizmendi mandó que se llevase un mayordomo del canario Ribas, que casualmente andaba por los alrededores, y este hombre fué muerto en el banquillo sobrante, por el mero placer de matar que tenía Arizmendi.

Bobes fué cruel, ¡vaya si lo fué! Pero lo cierto es que los hechos reales posteriores vinieron a demostrar el por qué de esas crueldades. Véase, si no, este caso típico:

Cuando Morillo ocupó la isla de Santa Margarita llevaba instrucciones de ser clemente y blando, instrucciones casi paternales que el Rey le había dado con respecto a los revolucionarios de América. Decía así el documento del Monarca español: «*Córrase un velo impenetrable sobre todos los pasados desaciertos; que no se derrame la preciosa sangre de mis amados pueblos de América; agótense todos los medios de dulzura; prométaseles y cúmplase religiosamente la más decidida protección, aun con preferencia a mis vasallos peninsulares; óiganse todas sus quejas y reclamaciones; socórranse profusamente las públicas necesidades; repártanse con igualdad los empleos y gracias; ábranse las puertas de la reconciliación, aun a los más obstinados, aun a los que con su fiebre revolucionaria se han cebado en las inocentes víctimas españolas; propónganse los medios de cicatrizar las llagas y de dar nuevo impulso a la prosperidad de aquellas regiones. Que nuestro norte sea la paz, vuestos guías la moderación y templanza, vuestros auxiliares la persuasión y el exhorto, vuestro noble aguijón la clemencia y vuestro triunfo el establecimiento de la más cordial, de la más pura y de la más sólida fraternidad entre los hijos de ambos continentes... Quiero, finalmente, que si el mundo me ha de acusar de algún error, me acuse de piedad, no de rigor*». Este documento lo reproduce Torrente y figura entre los publicados por la Colección de documentos del reinado de Fernando VII.

Pues bien, Morillo llegó a Santa Margarita con estas instrucciones en la cartera; los independientes se le resistieron; pero ocupó rápidamente la isla, y el sanguinario Arizmendi, el autor de las matanzas de Caracas y La Guaira, quedó prisionero. Entonces tuvo lugar en el despacho de Morillo esta repugnante escena, que el

capitán Sevilla, testigo presencial de la misma, transcribe en sus muy documentadas «Memorias»:

«*El día* 11, *ya instalado Morillo en la ciudad de Asunción, capital de la isla, sita a unas dos leguas de la playa, se le presentó el sanguinario Arizmendi. El hipócrita lo primero que hizo fué caer de rodillas delante del general, derramando lágrimas de arrepentimiento, según él, de cocodrilo según el veterano y valiente brigadier Morales, que estaba presente.*

—¡Señor, le dijo entre sollozos, soy un hijo pródigo que vuelve temblando a tocar la puerta del hogar paterno. Yo he sido un malvado, lo confieso; pero prometo a V. E. que si me concede la vida que le imploro la dedicaré, entera, en adelante, al servicio de España, mi amada Madre Patria, con la cual he sido hasta ahora tan ingrato como adicto y fiel le he de ser en lo que me resta de existencia. Perdón, mi gineral, perdón!

—Levántese usted, contestó Morillo, que el Rey tiene el corazón más generoso que sus enemgios.

En los ojos del brigadier Morales ,que estaba presente, brilló un relámpago de ira, mal contenido por los deberes que impone la disciplina.

—Mi general, dijo apuntando con el índice al famoso cabecilla, que permanecía arrodillado: mi general, no haga usted semejante cosa. Ese hombre que ve usted a sus plantas no está arrepentido; le está engañando a usted miserablemente. Ese hombre que ve usted arrastrándose como un reptil, no es hombre, es un tigre feroz salido de las selvas o del infierno. Esas lágrimas que vierte son de cocodrilo; sus protestas son ardientes y sus promesas mentiras. Con esa misma lengua que ahora pide perdón ha mandado, ¡el miserable!, quemar vivos a quinientos pacíficos comerciantes españoles, vecinos que eran de Caracas y de La Guaira; los que consiguieron escapar de la hoguera fueron asesinados a lanzazos, yendo este general... de salteadores a la cabeza de los verdugos, cuyos brazos no hacían más que ejecutar su bárbaro mandato. Aquellas víctimas, padres de familia los más, no tenían otro delito que haber nacido en la Península; no habían tomado parte alguna en la guerra, y fueron sacados a la fuerza de sus tiendas, arrebatados de detrás de los mostrdores, robados por este infame y luego muertos

de la manera salvaje que he dicho. En nombre de sus males, mi general, yo pido que se haga justicia; que se castigue ejemplarmente como mandan las leyes, no al insurgente, sino al reo de delitos comunes que ha estremecido de horror a los mismos insurrectos decentes.

—No importa, contestó el general; con todo eso, le perdono; así quedará más obligado y comprenderá cuán sincero y grande tiene que ser su arrepentimiento para que iguale a mi generosidad. Arizmendi, levántese, consuélese y sea leal en adelante con esa nación hidalga a quien debe una segunda vida.

El cabecilla se levantó y salió echando una mirada de odio reconcentrado sobre el brigadier Morales.

—Mi general, le dijo Morales a Morillo: desde ahora le predigo que fracasará usted en su expedición. Al decretar usted el indulto de Arizmendi y demás cabecillas que alberga esta isla, ha decretado usted la muerte de millares de peninsulares y de venezolanos leales que por ellos han de ser asesinados. En Margarita estaba concentrado todo el veneno que le quedaba a la insurrección; todo el resto del país está casi pacificado, y si se hubiera entrado a sangre y fuego en este nido de piratas, arrasando con esta isla maldita, refugio de todas las hienas rebeldes, no se propagaría de nuevo la insurrección. Bermúdez se ha fugado con trescientos hombres. Arizmendi no tardará seis meses en organizar sus fuerzas, y esta misma isla, que hoy podría haberse sometido realmente en dos días, costará luego a España arroyos de sangre para dominarla de verdad. La política bondadosa y suave está buena para los tiempos de paz. En los tiempos de guerra se traduce siempre por debilidad y da aliento a los indecisos. Mi general, se pierden estos dominios para España, y usted pierde su fama de sabio político y valiente militar si sigue ese sistema que acaba de inaugurar en la Margarita.

—Señor brigadier, no le pido a usted consejos —contestó algo irritado Morillo.

—Es verdad, mi general ,y en adelante me abstendré de dárselos. Me queda, en cambio, la satisfacción de haber cumplido con un deber de conciencia, y tal vez la historia, al consignar en sus páginas el fracaso de la grande expedición de Morillo, consagre una línea a explicar que hubo un español íntegro, conocedor del país y sus habitantes, que desde el principio señaló lealmente a su gene-

ral los peligros a que una mala entendida lenidad le exponía; se dirá que V. E. fué vilmente engañado, pero no que lo fueron los veteranos del Ejército de Venezuela. El tiempo, mi general, el tiempo y la historia dirán cuál de los dos se equivoca.

Desde aquel día quedó profundamente resentido el brigadier Morales con el general.

Tan pronto cundió entre los rebeldes que Arizmendi había tenido la audacia de pedir el indulto, y que lo había logrado, se fueron presentando todos los pájaros de cuenta, que eran muchos, obteniendo igual gracia.

Solamente a un sevillano que había sido comandante de Caballería en el Ejército de S. M., y que se había pasado al enemigo, no perdonó el general Morillo, habiéndolo mandado con un par de grillos al navío, para formarle causa, pues había sido muy sanguinario con sus mismos compatriotas».

El ya citado historiador Torrente comenta así este episodio: *«Las ideas del general Morales eran terribles, por cierto, y aunque estamos muy distantes de complacernos con las escenas sangrientas, tal vez hubiera sido más útil a la humanidad que se hubieran llevado a efecto sin alteración. La amputación de un brazo muchas veces salva a todo el cuerpo de la muerte. Empero, el general Morillo, a cuyas órdenes fué puesto el Ejército y la Marina de Morales, trató de hacer brillar la magnanimidad y la clemencia de su Soberano, sin que cupiera en su noble corazón la idea de que el perdón, concebido en su Real nombre, había de ser puñal más afilado contra su pecho».*

Efectivamente, Arizmendi «agradeció» el perdón de Morillo sublevándose otra vez y reanudando sus inhumanas matanzas de españoles.

El mariscal don José Tomás Bobes tenía razón. Y Morales también. Ellos fueron vencedores; Morillo, en cambio, fracasó.

Bobes fué un héroe español. Sirvió la causa de su Patria en días tristes y tremendos, y murió por ella con el corazón atravesado de un lanzazo. Su memoria nos merece a todos respeto, que algún día se plasmará en piedras y bronces solemnes, que den, bajo los cielos de España, recuerdo con eternidad a su nombre y a lo que su esfuerzo quería sostener. Pero si por cruel borramos su nombre, habrá que borrar también el de otros grandes capitanes, empezando por el de Bolívar.

APENDICE II
(De esta edición)

EL NOMBRE DE BOBES

El libro de fe de bautismos de la parroquia de San Isidoro de la ciudad de Oviedo, capital del Principado de Asturias, en los folios 26 (vuelto) y 27, que corresponde al año de 1782, figura una inscripción que a la letra dice:

> «*Thomas de Villanueva. En la Iglesia de San Isidoro el Real de la Ciudad de Oviedo a diez y ocho dias del mes de setiembre de mil setecientos ochenta y dos años don Juan Concheso mi teniente bautizó solemnemente un niño que nació dicho día, llamóse Thomas Villanueva, hijo legitimo de mis feligreses Manuel Rodríguez de Bobes natural de la parroquia de San Tirso el Real de esta ciudad, y de Manuela de la Iglesia; fué su padrino Alonso Alvarez, vecino de esta ciudad, advirtiéndose el parentesco y obligaciones y para que conste lo firmo. Doctor José Agustín de Lago. Rubricado*».

Como puede verse en esta partida, no consta el nombre de José y sí sólo el de Tomás. No obstante, éste figuró siempre como José Tomás. Tal hecho pudiera tener la siguiente explicación: el matrimonio de Manuel Rodríguez de Bobes y Manuela de la Iglesia tuvo el 26 de noviembre de 1779 un hijo (hermano mayor, por tanto, de José Tomás), que se llamó José Benito, el cual falleció siendo muy

niño. Es muy posible que al nuevo hijo, Tomás, se le llamase en la familia José Tomás, en recuerdo del hermanito muerto. Incluso que al Tomás se le antepusiese el José de forma legal al administrarle el Sacramento de la Confirmación, que era cuando en aquella época se rectificaban los nombres. Pero no consta partida de tal confirmación, lo cual no es muy de extrañar, ya que éstas no se llevaban con la rigurosidad de los libros de bautismos, matrimonios y defunciones. El caso es que él utilizó frecuentemente, y ya siendo hombre siempre, el José unido al Tomás, y así consta, entre otros documentos oficiales, en el de su nombramiento como coronel efectivo, expedido por el Rey en 1814: «*Don Josef Thomas Bobes*». (Véase el Apéndice número III).

En cuanto al apellido Rodríguez de Bobes, es sin duda un sólo apellido compuesto, puesto que así se llamaba también el padre de su padre, esto es, el abuelo del Coronel. El padre del Coronel se llamó Manuel Rodríguez de Bobes, y el padre de éste, es decir, el abuelo del Coronel, también Manuel Rodríguez de Bobes. Así consta en la partida de matrimonio de los padres del Coronel, en la que, según las normas de estas inscripciones, figuran los nombres de los padres de los contrayentes. Está, pues, fuera de toda duda que Rodríguez de Bobes era un apellido compuesto y que así le correspondía usarlo al Coronel y no Rodríguez (sin el Bobes) y de la Iglesia. Por otra parte, la regularización legal de los apellidos es posterior, y en la transmisión y uso de éstos existía entonces bastante libertad. Quede, por tanto, bien claro, que el famoso caudillo asturiano de Costa Firme se llamaba, por uso constante y testimonio legal de su documentación oficial del Ministerio de la Guerra, *Don José Tomás Bobes*, sin que él hubiese usado habitualmente el *de la Iglesia* materno, tal vez por ser este apellido el que se ponía en el Hospicio de Oviedo a los expósitos, pues la madre de Bobes era expósita; la condición jurídica de hidalgo le venía a D. José Tomás sólo por la línea paterna.

Con todo esto creo que queda bien claro el disparate que admiten muchos historiadores de que Bobes sólo se apellidaba Rodríguez, y que el Bobes era corrupción del Jove, apellido éste de unos amigos asturianos, que según ya expliqué páginas atrás, la leyenda negra antibobiana, le habían protegido cuando éste estuvo ¡perseguido por pirata! ¡Cuánta grosera mentira!.

En cuanto a la supresión del Rodríguez, no debe extrañar. Entonces, al igual que ahora, el que tenía apellido compuesto o dos apellidos, utilizaba y era conocido por el de uso menos frecuente. Por ejemplo, a quien se llama Juan Pérez Lemona, se le conoce comunmente por Lemona. En el mismo caso, un Rodríguez de Bobes venía a quedar para todo el mundo en Bobes. A Bobes nunca nadie le llamó Rodríguez a secas, hasta que así lo hicieron sus enemigos después de su muerte.

En la última etapa de su vida él firmaba Boves, con v de valiente.

Firma autógrafa del coronel D. José Tomás Bobes en julio de 1814. De un documento de su secretaría de campaña nombrando gobernador militar de Caracas al venezolano D. Juan Nepomuceno Quero.

APENDICE III
(De esta edición)

EL DESPACHO OFICIAL DE CORONEL A FAVOR DE D. JOSE TOMAS BOBES

Consta en el expediente de pensión y honores que tras su muerte correspondieron a su madre, D.ª Manuela de la Iglesia, que se instruyó en 1815-16. Archivo histórico militar de Segovia. Dice así:

«El Rey.—Por cuanto atendiendo a los méritos y servicios del difunto Don Josef Thomas Bobes, comandante general que fué del Exercito de Barlovento, en la provincia de Venezuela, tuve a bien concederle en 6 *de octubre de* 1814, *el empleo efectivo de coronel de Exercito; y no habiéndosele expedido a su tiempo oportuno el Real Despacho, a consecuencia de instancia de doña Manuela de la Iglesia, en solicitud de pensión en el Monte pío militar, he mandado librar a su favor el presente con la antigüedad y abono de sueldo desde la indicada fecha.*

Por tanto, mando al capitán general o comandante general a quien tocare dé la orden conveniente para que se le considere como tal coronel efectivo que ha sido. Guardando y haciendo guardar a la expresada doña Manuela de la Iglesia las honras, gracias, preeminencias y exenciones que por dicho empleo le tocan, bien y cumplidamente, que asi es mi voluntad».

Posteriormente, el Consejo Supremo de Guerra y Marina, siguiendo la costumbre establecida de dar un grado de ascenso a los muertos en acción de guerra, concedió a Bobes con carácter póstumo la categoría de Mariscal de Campo (entonces Brigadier no era grado) con pensión a favor de su madre D.ª Manuela, de la cantidad de 8.250 reales al año y los honores que se debían a la jerarquía de su hijo.

Comentando esto, el general D. Luis Bermúdez de Castro, en su libro «*Bobes o el León de los Llanos*», escribe: «*La inclusera, la pobre trabajadora de toda la vida, tenía derecho a usar en las bocamangas los áureos entorchados y a ser recibida por las guardias de plaza, cuando pasase a su inmediación, con los honores de arma al brazo y toque de llamada. Todo y muchísimo más lo habría ella dado por conservar a su hijo; seguramente la viejecita prescindió de aquellas honras, preeminencias y exenciones que su hijo para ella había ganado con su gloriosa muerte*».

APENDICE IV
(De esta edición)

IRRESPONSABILIDAD Y MENTIRAS EN LA LEYENDA NEGRA ANTI-BOBES

Como ya advertí insistentemente a lo largo de estas páginas, la historia personal de Bobes fué manipulada por una leyenda negra, cuya finalidad era deshonrar y hacer odiosa su figura. Tal leyenda adquirió cuerpo y se desarrolló sin réplica a raíz de su muerte, y a lo largo de toda la época de la independencia; llegó a constituir una tradición oral constantemente animada por numerosos escritores, desde los historiadores que pasaban por más serios y los literatos más leídos, hasta los periodistas y libelistas ínfimos. Había como una consigna tácita: entenebrecer a Bobes para vengarse así de quien había derrotado, humillado militarmente y puesto en fuga al ídolo Bolívar, del que se estaba haciendo un verdadero mito, esto es, un ser sobrehumano, arquetipo de todas las virtudes, *Héroe puro*. Y en esa teología boliviana antihistórica, frente al dios era necesario crear un demonio; y este papel se lo adjudicaron a Bobes, el cual, repito, no era ni el más ni el menos cruel entre todos los actores de la tragedia de la guerra a muerte, pero sí el más famoso, el más popular, y sobre todo, el que hizo inclinar la cerviz al *Héroe puro*.

Por eso se le atribuyeron, con evidente fantasía y sin más pruebas que el *se dice*, previamente elaborado, las más horrendas atrocidades, tales como empalar a lo turco a los que violaban mujeres, aplicar el tormento de las hormigas y otras monstruosidades que pasaron a la literatura años después de su muerte, pero de las que no queda ningún rastro documental fidedigno y que puede asegurarse que, por su carácter, no eran conocidas ni entraban en la

mente y las costumbres del lugar y la época. Republicanos y realistas, esto es, partidarios de la independencia o de la unidad imperial, se apaleaban, se ahorcaban, caían a golpes de arma blanca o eran fusilados; pero las refinadas torturas de turcos y chinos eran desconocidas y no podían ni pasar por la imaginación de aquellos beligerantes hispanos e hispanoamericanos de principios del siglo XIX, igual de los de un bando que los del otro. Yo leí en una curiosa hoja de 1828, impresa seguramente en Madrid, titulada «Los revolucionarios de la América española», en la que se decía que los insurgentes torturaban a los prisioneros metiéndoles con una lavativa agua hirviendo y pez en los intestinos hasta que se abrasaban y reventaban. Me atrevo a afirmar que es un hecho tan falso como los empalamentos inicuamente atribuídos a Bobes. Del contexto de todo lo que se sabe de aquella feroz guerra, se desprende que al triste lado de los degüellos, fusilamientos y ahorcamientos ciertos, esos otros suplicios orientales son fruto de imaginaciones morbosas alentadas por los odios políticos, y que fueron escritos, se les amañó, después de los sucesos.

De la irresponsabilidad, ligereza e incultura con que se ha venido tratando sobre Bobes, dan buena prueba los libros dedicados a escarnecer su memoria o a pintarle con los más odiosos rasgos.

Pongamos un ejemplo: el del libro más reciente de mayor éxito de circulación sobre el caudillo astur, que es el titulado «Bobes el urogallo», escrito por el médico de locos D. Francisco Herrera Luque, especie de historia novelada de la que, desde 1972, se han hecho varias ediciones en Venezuela. Pues bien, en ese libro, donde se recoge lo del empalamiento, el tormento de las hormigas y otras fantasías, puede apreciarse la falta de información, la mínima seriedad, en detalles como estos:

a) al padre de Bobes se le inventa una biografía presentándole como un ruidoso jaquetón, tenorio ovetense, cantante dedicado a dar serenatas a doncellas, casadas y viudas, bebedor de sidra, al cual mató de una puñalada un marido celoso. Por eso le llamaban en Oviedo «*El Urogallo*». Veamos la urdida falsedad de todo esto. El padre de Bobes era un pobre hidalgüelo sin notoriedad ninguna; estuvo a veces empleado en el Ayuntamiento ovetense, vivió una vida gris y pobre y murió al parecer de enfermedad (1). Tampoco era posible que le apodasen «*El Urogallo*», pues tal palabra era desco-

(1) Así consta en el expediente de Bobes en el Ministerio de la guerra.

nocida en la Asturias del siglo XVIII, en la que a esa famosa ave se la llamaba, y aún se la llama popularmente en los lugares donde existe, «faisán». La denominación de urogallo es, en Asturias, muy posterior; es un cultismo o nombre técnico de admisión reciente entre el pueblo, una palabra de diccionario y no de uso entonces en calles y tabernas. En todo caso, al padre de Bobes se le hubiese llamado (de ser cierto lo que dice ese libro) el *Faisán* o el *Gallo*, pero nunca el *Urogallo*.

b) Se cuenta en la obra de Herrera Luque que Bobes prefería ahorcar a sus víctimas en los ceibas, por ser estos árboles parecidos a los robles astures (?) y recorlarle el Carbayón de Oviedo, gran árbol donde se ejecutaban, colgándolos de sus ramas, a los sentenciados a muerte por la Real Audiencia de Asturias. Esto es total y absolutamente falso; las contadas ejecuciones que entonces se llevaron a cabo en Oviedo (sólo siete sentencias cumplidas en el siglo XVIII), tenían lugar en un patíbulo que se levantaba en la Plaza Mayor, frente al Ayuntamiento. El Carbayón era un árbol patriarcal, ameno y amable, objeto de coplas y comparaciones laudatorias, bajo cuya frondosa copa se reunían enamorados y se celebraban merendolas, a veces con gaita, tambor y bailoteos; ya lo decía un refrán: *Xente d'Uvieu, tambor y gaita*». Mal, por tanto, la ceiba podía recordar a Bobes al carbayón de las ejecuciones de Oviedo, invención que parece tomada de alguna novela pseudohistórica de ambientación pseudomedieval de Walter Scott, Víctor Hugo o Fernández y González. Además, Bobes, poco podía recordar del carbayón ovetense, pues no tenía aún cinco años cuando fué llevado a Gijón donde pasó toda su infancia consciente, adolescencia y primera juventud.

c) En un artículo de un periódico hispanoamericano que no puedo identificar, pues se trata de un recorte sin título, lugar ni fecha, pero que me parece venezolano o colombiano de hacia 1960, se dice que Bobes, al que se pinta como el mayor criminal del universo mundo, era un gran jinete, como solían serlo todos los asturianos, poseedores de la raza de caballos más veloces de España (sic); y que había sido criado desbravador de potros de un gran señor ovetense, de cuyo palacio le expulsaron por ladrón. Como se ve, el que escribió esto estaba bien enterado de las cosas de Asturias (sobre todo de su raza caballar), y de la vida de Bobes.

Y así podrían ponerse muchos ejemplos de mentiras e invenciones calumniosas, en las que no sabemos si extrañar más la audacia para estamparlos o la suma torpeza con que están urdidas. Pues tan burdamente falso es lo del carbayón-patíbulo, como lo del hidalgo seductor y «Urogallo» y lo de domador de veloces caballos asturianos y mil detalles más con que se visten las biografías injuriosas y embusteras. Recuérdese lo del nombre Bobes-Jove, lo de pirata, lo de haber empezado como insurgente y, en fin, una gran parte de la crueldad que se le ha ido colgando por una leyenda negra, feroz e inhábil, que no puede tenerse en pie ante una investigación rigurosa de su vida y de los hechos de su tiempo.

En resúmen: puede decirse que Bobes no fué ni más ni menos cruel que el promedio de los caudillos y jefecillos que actuaron en los dos bandos de Venezuela dentro de aquella guerra separatista, que por eso, por su crueldad, se llamó por antonomasia la «guerra a muerte»; y desde luego menos cruel que un Arismendi y no más y con menor responsabilidad histórica que un Bolívar.

En las enconadas guerras civiles suelen surgir esas invenciones embusteras. No hay crimen ni deshonor que sea bastante para el enemigo. Recuérdese la propaganda que se hizo en 1914, diciendo que los soldados alemanes cortaban las manos a los niños belgas. Recuérdese la propaganda de blancos y colorados en la última contienda española, donde los colorados dijeron que los blancos arrojaban a sus contrarios vivos a una fosa que luego cubrían lentamente a pedradas, y donde los blancos acusaron a los colorados del mismo tormento de la lavativa mencionada líneas atrás. Pues todas esas mentiras circularon en las zonas respectivas y había gentes que las creían a pies juntillas. También se contrahicieron las tan conocidas fotos del fusilamiento del Sagrado Corazón del Cerro de los Angeles, o las fotos del Alcázar de Toledo o de Oviedo ocupadas por los sitiadores. Está bien demostrado que la propaganda en esos momentos de pasión y odio no tiene ni entrañas ni escrúpulos. Pues eso fué lo que ocurrió y sigue ocurriendo con Bobes en un caso curioso de inextinguible odio póstumo contumaz e insaciable a través de más de siglo y medio. El odio creado y mantenido contra Bobes es un caso digno de un reposado y bien documentado estudio histórico especial. He ahí una interesante e importante tesis que brindo a nuestros Licendiados en Filosofía y Letras.

APENDICE V
(De esta edición)

LA MUERTE DE BOBES

No están claros los detalles, podría decirse anecdóticos o secundarios, de la muerte de Bobes. Según las versiones más autorizadas, al dirigir la última carga que desbarató por completo a los insurgentes en Urica, el 5 de diciembre de 1814, el caballo que montaba el caudillo astur quedó empantanado en unos tremedales. Un pelotón de soldados enemigos se dió cuenta de su comprometida situación y arremetió rápidamente contra él. Acometido desde varias direcciones y con su montura sin poder revolverse, fué acribillado a lanzazos. Se han dado varios nombres de los componentes de este pelotón, entre ellos el de Pedro Zoraza, antiguo conocido y luego tenaz enemigo de Bobes, a quien acusaba, sin pruebas ni fundamento, de estar en relación con los que habían asesinado, durante las represalias, a varios miembros de su familia. Según los testimonios más fehacientes, el famoso jefe cumanés, José Francisco Bermúdez de Castro, que estuvo en la batalla, no formaba parte del grupo atacante. No resulta, pués, verosímil, lo que el Doctor Parra Pérez dice en su segunda carta (página 48) atribuyendo a Bermúdez el haber derribado con su propia lanza a Bobes. Es por tanto conveniente hacer esta aclaración.

También se dijo que el hermoso caballo que montaba Bobes ese día, además de quedar empantanado, no obedecía bien al caballero por hallarse a medio domar. Bobes lo cabalgaba por no hacer

desaire a una dama admiradora suya que se lo había regalado días antes. Nada de esto tiene aire de realidad, pues la galantería de D. José Tomás no iba a llegar al extremo de entrar en combate con un corcel en esas condiciones. Puede reputarse, pues, como uno de tantos capítulos de novela que se fueron tegiendo en torno a su figura.

Caído Bobes, su lugarteniente Morales tomó el mando. La victoria de Urica fué total para los fuerzas del Rey, pero la muerte de Bobes constituyó un factor casi decisivo, a la larga, a favor de los insurrectos. El cuerpo del insuperable guerrero asturiano fué sepultado con todos los honores castrenses por sus soldados vencedores en las inmediaciones del lugar donde cayó para siempre.

El atribuir la muerte de Bobes a una maquinación de su segundo, Morales, es también una falsedad mal urdida, no sólo por los rebeldes venezolanos, sino por los golillas de la Real Audiencia y los seguidores de Cagigal, gentes inéptas que envidiaban los éxitos y popularidad del gran capitán asturiano. No existe ningún testimonio que lo acredite, sino todo lo contrario: Bobes gozaba en aquellos momentos del máximo prestigio entre los suyos, que le seguían con fidelidad y entusiasmo fanático.

APENDICE VI

(De esta edición)

CURIOSO: BOBES PADRE DE UN BOLIVAR. SUS AMORES Y AMORIOS.

En Valencia de Venezuela vivió una mulata o cuarterona muy bella y alegre, con quien Bobes había mantenido amores. Se llamaba Trinidad Bolívar. ¿Tenía ésta por parte de su sangre española alguna relación de parentesco, por vía legítima o ilegítima, con la poderosa familia del Bolívar, el caudillo insurgente?. Lo ignoro. Pero su figura ha sido recogida y fantaseada posteriormente en relatos tradicionales y novelescos.

Parece cierto que poseía grandes atractivos corporales. Fué amante de Bobes, de quien tuvo un hijo que se llamó José Trinidad Bolívar, es decir, los nombres del padre y la madre y el apellido de ésta.

Por cierto, que tan hermosa mujer se le atribuye un fin trágico: fué violada hasta la saciedad por una turba de insurgentes que a continuación la atormentaron y dieron muerte en feroz venganza por sus amoríos con Bobes. Según esta versión, su cadáver, desnudo y atrozmente mutilado, fué paseado sobre una caballería por las calles valencianas, y permaneció varios días abandonado e insepulto en las afueras de la ciudad.

El hijo de Bobes y de Trinidad, muy niño al ocurrir el tremendo suceso, vivió largos años y fué bastante conocido en Valencia.

He ahí como Bobes fué padre de un Bolívar.

También la tradición refiere de Bobes diversos amores y amoríos. Los más firmes debieron ser los que mantuvo poco antes de su muerte con una señorita que nombran Inés Corrales, que estaba muy enamorada de él y que de él quedó preñada y parió un hijo póstumo. Incluso se dijo que Bobes tenía proyectado casarse con ella.

De los relatos tradicionales, tan numerosos, que pervivieron tras la muerte del caudillo, se desprende que éste fué hombre que despertaba grandes entusiasmos en las mujeres. Pero, lógicamente de su vida erótica, únicamente quedaron referencias a las que sólo puede darse un valor histórico siempre discutible, envuelto en nebulosas.

APENDICE VII
(de esta edición)

LOS RETRATOS FIGURATIVOS DE BOBES

No se conserva ningún retrato auténtico de D. José Tomás Bobes. Sí hay varias semblanzas literarias que describen su aspecto de cuerpo y rostro. Es un caso muy parecido al de Cervantes, del que se perdieron los retratos pictóricos, entre ellos el hecho por Jauregui, y sólo nos queda, para imaginarlo, la autosemblanza que Miguel se trazó en el prólogo de las «Novelas ejemplares».

De Bobes sólo existen retratos imaginados o figurativos, algunos de los cuales son verdaderas caricaturas apasionadas que nos lo presentan con rasgos odiosos de criminal lombrosiano, incluso con salientes colmillos caninos a lo Drácula. En cambio, otros idealizan al héroe y le ofrecen con un aspecto bizarro, generalmente luciendo un impecable uniforme; éstos pertenecen al mismo tipo romántico que inspiró los retratos de los caudillos de la emancipación, enemigos de Bobes. Hay uno que nos lo presenta como hombre de superior edad a la que alcanzó (treinta y dos años) con cuidada barba y bigote y un uniforme y aspecto amable y sosegado de general-senador-conservador, de finales del XIX, por lo que resulta totalmente irreal y anacrónico.

El retrato que figura en la portada de este libro fué compuesto por el ágil y certero dibujante *Kin*, tan popular por sus ilustraciones políticas, militares y de actualidad, allá por los años de 1930 a 1950. *Kin*, buen amigo mío, colaboraba en «El Alcázar» cuando yo lo di-

rigía, en 1941, e hizo el retrato de Bobes sobre las semblanzas literarias contemporáneas más autorizadas que yo le facilité. Viene a coincidir también con la descripción que del guerrero asturiano hace Manuel J. Calles. Según ella, Bobes era «*huesudo, de recia*

Retrato figurativo de Bobes hecho en el siglo XX por D. Vicente Rodríguez, en Venezuela.

complexión; una soberbia cabellera se arremolinaba sobre su ancha y blanca frente; chispeaban sus grandes y rasgados ojos y a su sonrosado semblante adornaba una espesa barba...».

El retrato de *Kin* es un retrato puramente ideal o simbólico en el que el fiero caudillo aparece vistiendo el poncho de los llaneros sobre la casaca militar y con la lanza en posición del «en su lugar

descansen». En cuanto a los rasgos fisonómicos, tal vez hayan resultado muy acentuadas las notas de energía y dureza. En cualquier caso se trata, repito, de un retrato figurativo y también de un retrato-robot, sin ninguna garantía de parecido real, aunque sí adaptado a los datos literarios y a la significación histórica del personaje.

APENDICE VIII
(De esta edición)

RESUMEN BIOGRAFICO DE BOBES

1.°—Nace en Oviedo el 18 de septiembre de 1782, hijo de un modesto empleado del Municipio, de condición hidalgo.

2.°—Queda huérfano de padre a los cinco años; su madre se traslada a Gijón donde trabaja como costurera.

3.°—Cursa estudios de primera enseñanza en Gijón. En 1796 ingresa en el Real Instituto Asturiano de Gijón, fundado por Jovellanos. Allí cursa estudios de náutica hasta 1799. Tiene entonces 17 años de edad.

4.°—Se traslada a Ferrol el año 1800 y allí obtiene el título de piloto segundo. Embarca como agregado en la Real Armada. Permanece en ella un período de tiempo indefinido. Según su biógrafo, el general Bermúdez de Castro, asiste a la batalla de Trafalgar en 1805. En 1806 alcanza el título de piloto de primera.

5.°—En 1805 pasa a prestar servicios en la marina mercante, en la compañía naviera «Pla y Portal», cuyos buques hacen la carrera entre la península y Costa Firme y de Costa Firme a las Antillas. En esta última navega Bobes como oficial piloto y llega a ser capitán del bergantín «Lijero».

6.°—En 1808 deja de navegar y se establece como comerciante con almacén y trata de ganados en la ciudad de Calabozo, posiblemente asociado a la familia de ricos comerciantes de Gijón, los Jove, establecidos hacía años en Venezuela y consignatarios en al-

gunos puertos de los navieros «Pla y Portal». Bobes mantiene muy buenas relaciones con esta Compañía y utiliza sus buques para enviar encargos a su madre por los que van a La Coruña, desde donde es muy fácil el trasporte a Gijón. En ningún documento, declaración o actitud hay el más remoto motivo que permita tomar en serio la calumniosa leyenda del Bobes pirata o contrabandista. El hecho de sus constantes relaciones con los «Pla y Portal», lo desmiente.

7.°—Al iniciarse el proceso de las luchas separatistas en Venezuela a partir de la declaración de independencia en abril de 1810, Bobes reside en Calabozo dedicado a su comercio. Tampoco existen pruebas de que hubiese apoyado al movimiento independentista, como se dice en la leyenda negra antibobiana y recogen muchos pseudohistoriadores posteriores, entre ellos D. Salvador de Madariaga que es mucho más ensayista y prosista que historiador y que escribe de Bobes sin haber conocido ningún documento fehaciente de su vida. En el caso de Bobes, el Sr. Madariaga se limita, como otros muchos, a ser copista de mentiras ajenas admitidas por el uso, pero sin ninguna base documental.

8.°—Los insurgentes armados que entran en Calabozo, maltratan y arruinan a Bobes (no se explica ésto si él perteneciese a su partido). Y le encierran en la cárcel de la cual (al parecer favorecido por unos indios) logra fugarse, se une a la partida realista de Antoñazas y se va a los Llanos, donde inicia sus relampagueantes campañas que han de durar hasta su muerte en Urica, en 1814.

La vida militar, su gran capacidad para atraer a los hombres y dominarlos, el sentido social de sus prédicas, están pidiendo un completo y detenido estudio histórico rigurosamente documentado y sereno que está sin hacer.

En la bibliografía que se aporta en estas páginas vienen algunas de las obras más importantes relacionadas con Bobes.

BIBLIOGRAFIA

Se dan aquí algunos títulos y fichas parciales bibliográficas de las obras citadas en el texto y de algunas otras fundamentales para el conocimiento del período histórico que en él se trata. De ese modo el lector podrá hacer las comprobaciones que estime convenientes. Recuérdese lo que se dice en la "Nota preliminar" sobre el aparato erudito:

ALAMAN, Lucas: *Historia de Mexico desde los primeros movimientos que prepararon su independencia en* 1808 *hasta la época presente. Méjico*, 1849-1852 (5 tomos).

ARMAS CHITTY, José Antonio de: *Bobes a través de sus biógrafos*. Ed. "América libre". Caracas, 1976.

AZPURUA Y BLANCO, José Félix: *Documentos para la historia de la vida pública del libertador de Colombia, Perú y Bolivia*. Caracas, 1875-77 (14 tomos).

BARALT, Rafael María y DIAZ, Ramón: *Resumen de la Historia de Venezuela*. Ed. Desclée, de Brouwer. París, 1939 (3 tomos).

BASTERRA, Ramón: *Los navíos de la Ilustración*. Caracas, 1925.

BERMUDEZ, DE CASTRO, Luis: *Bobes o el León de los Llanos*. En "Vidas españolas e hispanoamericanas del siglo XIX. Espasa Calpe. Madrid, 1934.

CUEVAS CANCINO, Francisco: *El baile de Bobes*. Ed. "Fondo de Cultura Económica". México, 1972.

Colección de documentos relativos a la vida pública del Libertador de Colombia y del Perú, Simón Bolívar. Caracas, 1826-33 (21 tomos).

DUARTE DEVEL, Lino: *Historia militar y civil de Venezuela*. Caracas.

FERNANDEZ AVELLO, Manuel: *Bobes* (1782-1982). Ed. ALSA. Oviedo, 1982.

FERNANDEZ AVELLO, Manuel: *Bobes Mariscal asturiano para la Historia*. Oviedo, MCMLXXIV.

GOMEZ TABANERA, J. M.: *Bobes*. Bol. del Instituto de Estudios Asturianos, núm. 107. Oviedo, 1982.

GONZALEZ, Juan Vicente: *Rasgos biográficos del general J. F. Ribas*. Caracas, 1865.

HEREDIA, José Francisco: *Memorias sobre las Revoluciones de Venezuela...* (Con documentos inéditos). Ed. Piñeiro. París, 1895.

LARRAZABAL, Felipe: *Vida de Simón Bolívar.* Nueva York, 1865.

LARRAZABAL, Felipe: *Correspondencia del libertador Simón Bolívar...* Manifiestos de 1810 hasta 1830. New York, 1866.

LARRAZABAL, Felipe: *Discursos y proclamas.* Ed. Blanco Fombona. París, 1913.

LARRAZABAL, Felipe: *Cartas del Libertador; memorias del general O'Leary.* Caracas, 1887-88 (tres tomos).

Libro homenaje a la memoria de Don Simón Rodríguez. (Contiene varios escritos del maestro de Bolívar). Ed. del Congreso. Caracas, 1973.

LECUNA, V.: *Papeles de Bolívar.* Caracas, 1917.

LOPEZ BARALT, R.: *La gloria de Miranda.* Ed. Bol. de la Academia de la Historia de Caracas. Caracas, 1914. III.

MANCINI, Jules: *Bolívar et l'emancipation des colonies espagnoles des origenes à 1815.* París, 1912.

MARIUS, André: *Bolívar et la démocratie.* París, 1924.

MENDOZA, Daniel: *El llanero. Estudio de sociología venezolana.* Ed. América. Madrid (s. f.).

MONSALVE, J. D.: *El ideal político del Libertador Simón Bolívar.* Ed. América. Madrid (s. f.).

MORENO ECHEVERRIA, José M.ª: *El llanero Boves,* en "Historia y vida", núm. 161. Barcelona, 1981.

O'LEARY, Daniel Florencio: *Memorias publicadas por su hijo Simón B. O'Leary. Caracas,* 1879-88 (32 tomos).

PEREYRA, Carlos: *Bolívar y Washington: un paralelo imposible.* Madrid, 1915.

PEREYRA, Carlos: *La juventud legendaria de Bolívar.* Ed. Aguilar. Madrid, 1932.

PERU DE LACROIX, Louis: *Diario de Bucaramanga o vida pública y privada del Libertador Simón Bolívar.* Ed. Cornelio Hispano. París (s. f.).

RIVAS VICUÑA, Francisco: *Las guerras de Bolívar. Formación de la Patria venezolana* 1814-1817. Caracas, s. f.

SEVILLA, Rafael (Capitán): *Memorias de un Oficial del Ejército español (Campañas contra Bolívar y los separatistas de América).* Ed. Ayacucho. Madrid, 1916.

TORRIENTE, Mariano: *Historia de la revolución hispanoamericana.* Madrid, 1829-30 (tres tomos).

URDANETA, A: *La convención de Ocaña; la dictadura de Bolívar.* Caracas, 1900.

URDANETA, A.: *Bolívar i Washington.* Caracas, 1865.

VALDIVIESO MONTAÑO, A.: *José Tomás Bobes.* Ed. "La Esfera". Caracas, 1931.

OBRAS DE J. E. CASARIEGO

—*El tradicionalismo como doctrina de derecho político.* Madrid, 1933.
—*Flor de hidalgos.* Pamplona, 1938.
—*La ciudad sitiada.* Novela histórica del Madrid prerrevolucionario y del asedio de Oviedo. San Sebastián, 1939.
—*La Unión Soviética contra Europa.* Madrid, 1940.
—*España ante la guerra del mundo.* Madrid, 1940.
—*La verdad del tradicionalismo.* Aportaciones españolas a la realidad de Europa. Madrid, 1940.
—*Contraddizione Politiche Economiche.* Roma, marzo, 1940.
—*Historia militar y política de Zumalacárregui.* Reimpresión de la famosa obra de Francisco de Paula Madrazo, con sus grabados románticos y pró logo y notas de J. E. Casariego. Valladolid, 1941.
—*Grandeza y proyección del mundo hispánico.* Madrid, 1941.
—*Humboldt y el mundo hispánico.* Iberoamerikanische Institut, Berlín. 1941.
—*Utz Schmild, primer cronista germano de Indias.* Berlín, 1941.
—*La ruta de la especiería en el siglo XVI.* Madrid, 1942.
—¡*Alerta, Europa*!. Madrid, 1943.
—*Romances de guerra, toros y caza.* Prólogo de A. Foxa. Epílogo de M. Machado. Madrid, 1943.
—*Exaltación y estirpe de las cosas de España.* Edición de gran lujo con más de 100 láminns fuera de texto. Prólogo del maestro Azorín. Madrid, 1943.
—*Jovellanos o el equilibrio.* Estudio de la ideología de un prócer asturiano del siglo XVIII. Madrid, 1943.
—*El Mayorazgo navegante.* Una historia romántica de pasiones, mares y fantasmas (Novela). Madrid, 1944.
—*Notas para la historia de las instituciones marítimo-pesqueras del Cantábrico en la Edad Media.* Madrid, 1946.
—*El Municipio y las Cortes en el Imperio español de Indias.* Con el texto original de las ordenanzas de Alonso de Cáceres. Madrid, 1946.
—*Historia del Derecho y de las Instituciones marítimas del Mundo Hispánico.*

(Con la fotocopia y transcripciones paleográficas del "Fuero de Layrón"). Madrid, 1947.

—*El periplo de Hannón de Cartago.* Edición crítica bilingüe en griego y castellano. (Consejo Superior de Investigaciones Científicas). Madrid, 1947).

—Programa de la asignatura *Historia e Instituciones del Mundo Hispánico.* Facultad de Ciencias Políticas y Económicas de la Universidad de Madrid.

—*Los navegantes vascos y asturianos y el derecho marítimo medieval.* Madrid, 1949.

—*Pasado, porvenir y misión de la gran Argentina.* Madrid, 1949.

—*Las pesquerías del bacalao y los derechos de España a la pesca en todos los mares libres.* Madrid, 1948.

—*Las guerras "particulares" de los mareantes cántabros contra Inglaterra en el siglo XIV.* Madrid, 1948.

—*Los grandes periplos de la Antigüedad.* Historia de las navegaciones clásicas. (Consejo Superior de Investigaciones Científicas). Madrid, 1949.

—*El Marqués de Sargadelos, o los comienzos del industrialismo capitalista en España.* I. D. E. A. Oviedo, 1950.

—*Los vascos en las empresas marítimas de España.* Bilbao, 1952.

—*Mares y veleros de España.* Poema heróico del mar español. Madrid, 1953.

—*Con la vida hicieron fuego.* Novela realista de nuestro tiempo. Madrid, 1953.

—*Las grandes expediciones marítimas al Africa en la Antigüedad.* (Consejo Superior de Investigaciones Científicas). Madrid, 1950.

—*La generación de 1936 y sus problemas.* Universidad de Oviedo, 1953.

—*Visión periodística de Asturias.* Lección inaugural del curso 1964-65 en el Instituto de Estudios Asturianos. Oviedo, 1965.

—*Las costas astur-galaicas en el siglo XII.* Traducción y comentario de las cartas de unos cruzados que arribaron a ellas en el año 1147. IDEA. Oviedo, 1965.

—*Las famosas reliquias asturianas y Luarca.* IDEA. Luarca, 1960.

—*Una colección de grabados de tipos, pueblos y paisajes asturianos.* Edición de la Caja de Ahorros de Asturias. Oviedo, 1965.

—*Retratos y autógrafos asturianos de los siglos XVI al XX.* Idem. Oviedo, 1937.

—*Iconografía y biografía cervantinas.* Idem. Oviedo, 1968.

—*Colección Historia Gráfica de Gibraltar.* Idem. Oviedo, 1968.

—*Alegato histórico-jurídico presentado ante las Cortes sobre el derecho de D. Javier-Carlos de Borbón y Braganza a la nacionalidad e infanzonía española.* Madrid, 1969.

—*Lo que es el carlismo.* Madrid, 1969.

—*Una revolución asturiana en el siglo IX: el interregno del Conde Nepociano.* IDEA. Oviedo, 1969.

—*Oviedo en la literatura española y extranjera.* Oviedo, 1970.

—*Periodismo y periodistas en Asturias.* Bol. IDEA. Oviedo, 1971-72.

—*Significación histórica y social del Fuero de Luarca.* Oviedo, 1970.

—*La ideología religiosa, política y social en la obra de Pérez Galdós.* Oviedo, 1970.

—*El tránsito, en Asturias, de la sociedad estamental a la clasista.* L.N.E. Oviedo, 1971.
—*Las guerras carlistas en Asturias.* L.N.E. Oviedo, 1971.
—*Aportación a una bibliografía histórica contemporánea.* Oviedo, 1974.
—*La historia triste de Fernando y Belisa.* Oviedo, 1975.
—*Cara y cruz de la pena de muerte. Consideraciones históricas.* Libro del Bicentenario del Ilustre Colegio de Abogados de Oviedo. Oviedo, 1975.
—*La desamortización eclesiástica y civil. Su significación y consecuencias.* Ed. "Iglesia Mundo". Madrid, 1975.
—*El pintor asturiano Nicolás Soria.* Gijón, 1975.
—*Asturias y la mar. Breve historia marítima asturiana.* Salinas, 1976.
—*Tratado de montería y caza menuda.* Edición B. Masaveu. Oviedo, 1976.
—*La Asturias guerrera* (edición de gran lujo a todo color). Caja de Ahorros de Asturias. Oviedo, 1977.
—*Asturias proclamó el patronato de Santiago para España.* (Con el texto latino y traducción del "Himno jacobeo" de S. Beato de Liébana). Bol. IDEA. Oviedo, 1979.
—*Significación de la cultura asturiana a través de mil doscientos años.* Oviedo, 1979.
—*Asturias por la independencia y libertad de España. 25 de mayo de 1808.* IDEA. Oviedo, 1979.
—*La unidad de España y los mitos del separatismo vasco.* Edición Vassallo Humbert. Madrid, 1980.
—*Recuerdos personales de Pérez de Ayala y repaso a su ideología.* IDEA Oviedo 1981.
—*Tratado histórico de las armas.* (Edición de gran lujo a todo color). Editorial Labor. Barcelona, 1982.
—*La caza en el arte español* (edición de gran lujo a todo color). Editorial El Viso. Madrid, 1982.
—*Reivindicación del Mariscal asturiano D. José Tomás Bobes.* IDEA. Oviedo, 1982.

PROXIMAS PUBLICACIONES

—*Las primeras crónicas asturianas medievales.* Edición crítica en latín y castellano. Traducción y comentarios, de J. E. Casariego.

—*Historia de la caza y sus armas.*

SAPIENTIA·QVAM·VIRES
DEI·OR